



Número 230
Septiembre 2022

HERALDOS DEL EVANGELIO

*Dos mundos unidos
por un mismo fin*

La cruz, símbolo de honor y de audacia

La cruz de Cristo y las cruces que por Él llevamos son símbolos de nuestro honor. Éste consiste en recibir la humillación con ufanía, vanagloriándonos de ella; más todavía: con espíritu de desafío. Ante aquellos que nos injurian, proclamamos con brío y júbilo aún mayores el supremo símbolo de nuestra religión. Lo que se corresponde enteramente con la idea de exaltación: manifestar la gloria de la cruz, con una altanería que aplaste los ultrajes que los adversarios tratan de hacerle a Cristo.

Nuestra religión precisa ser defendida con espíritu de lucha y, por tanto, si alguien injuria la cruz en nuestra presencia, debemos replicar con audacia y valentía. No como el que resguarda su propio honor, sino como el que responde por el honor infinitamente más precioso de Nuestro Señor Jesucristo y, en unión con el suyo, el de la Santísima Virgen.

Esta es la lección que nos da la cruz: abrazar el dolor, el sacrificio, el holocausto, como acto de fidelidad a la propia vocación de cada cual. Una fidelidad que no sólo implica luchar la vida entera para que la religión católica venza y la cruz de Cristo sea elevada sobre todas las cosas, sino también vencer nuestros combates interiores.

Plínio Corrêa de Oliveira

Cruz procesional - Casa Lumen
Prophetæ, Mairiporã (Brasil)



HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XX, número 230, Septiembre 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

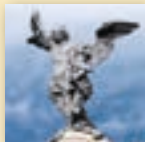
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

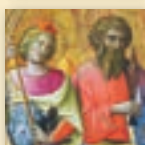
SUMARIO

Escriben los lectores 4

El secreto
de la victoria angélica (Editorial) 5



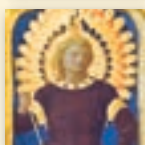
La voz de los Papas –
Embajadores de Dios,
modelos para los
hombres 6



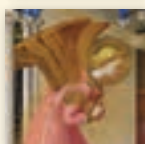
Comentario al Evangelio –
El «prælium magnum»
de la Historia 8



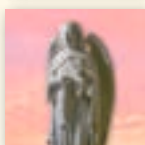
Los siete arcángeles –
El Estado Mayor
de Dios 14



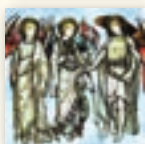
San Miguel Arcángel –
El protector de
la Santa Iglesia 18



San Gabriel Arcángel –
El arquetipo de los
devotos de María 22



San Rafael Arcángel – La
benignidad divina
personificada en
un ángel 25



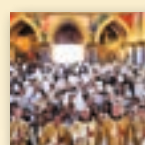
La interrelación entre
los tres arcángeles 28



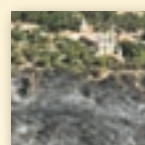
Beata María de Jesús López
de Rivas – Corazón de
fuego, habituado
al heroísmo 32



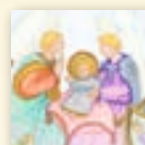
Auxilio maternal en
las necesidades 36



Heraldos en el mundo 40



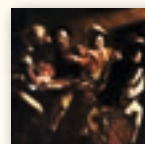
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo 44



Historia para niños... –
¡Benditas las estrellas que
te vieron pequenita! 46



Los santos de
cada día 48



¿Dónde está Mateo? 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

«UN MENSAJE RECIBIDO CON AMOR Y ADHESIÓN»

Doy gracias a Dios, ¡que se manifiesta y se revela a los pequeños! Cuánto admiro la vida del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, que nos enseña el mensaje de la Virgen en Fátima, como leemos en el artículo *Un mensaje recibido con amor y adhesión*, de la edición de mayo. ¡Cuánto mal hace mi pecado! ¡Y cómo debo instaurar ese orden en mí, para poder irradiarlo en los demás, porque el Reino de Dios se inicia en el corazón, en mi corazón! Veo que su vida es la continuación de la voz de aquellos santos niños, para que nosotros tengamos fe en la pronta venida de ese reino prometido; lo veía como algo lejano, pero luego de leer este artículo me doy cuenta de que debo apartarme del pecado, para que los Sagrados Corazones reinen en mí.

Antonia Pérez Santana
Vía revista.arautos.org

AGRADECIMIENTO DE UNA DEVOTA DE DÑA. LUCILIA

Muy agradecida por el envío de la revista *Heraldos del Evangelio*. Después de leerla, la difundí; y ha sido muy aplaudida por vuestros artículos. Es una forma de apostolado.

Soy muy devota de Dña. Lucilia; me ha concedido muchas gracias. Como dice Mons. João Scognamiglio Clá Dias, «su vida se distinguió por la bienquerencia, por la bondad, por el afecto, por el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo». Muy agradecida, y mucho, por ayudarme a crecer en la vida espiritual.

Ana Maria Pais Lopes
Oporto — Portugal

GRACIAS PARA LIBERARNOS DE PRINCIPIOS TORCIDOS

Leyendo el artículo *La sagrada esclavitud de amor*, publicado en mayo, vemos que Dios tiene sus designios para cada tiempo. En una época tan individualista, en la que las personas son esclavas hasta de su propia opinión, el Señor nos trae la esclavitud voluntaria, para que podamos liberarnos de esos principios torcidos y confiar plenamente en Él. Estos son nuestros tiempos... ¡estas son las gracias reservadas para nosotros!

Jessé Lacerda
Vía revista.arautos.org

LECTURA QUE LLEVA AL CIELO

Me encanta la revista *Heraldos del Evangelio*. Espero su llegada para «comermela calentita», porque me lleva al Cielo. ¡Y me la devoro entera! Además, se la presto a mis vecinas para que se deleiten leyendo cosas buenas.

Esther S. Cortez
Los Ángeles — Estados Unidos

EL MISTERIO QUE CAMBIÓ LA VIDA DE UNA REINA

Es de agradecer el magnífico artículo titulado *Cuando el heroísmo venció a la frivolidad*, de Fabio Ricardo Soares, sobre la histórica figura de María Antonieta, pues nos hace ver cómo el dolor y el misterio de la cruz, en la trayectoria de esta reina, le hicieron cambiar su vida, llegando a ser heroína y mártir. Sin todas las cruces que le sobrevinieron, nunca habría vencido aquella frivolidad y tendencia a lo mundano, ni tampoco habría bebido —como sabiamente dice el Dr. Plinio en el primer discurso de su vida—, con admirable resignación cristiana, los tragos amargos del inmenso cáliz de hiel con que la Divina Providencia había decidido glorificarla.

Fe Colao García
Vía revistacatolica.org

ARTÍCULOS USADOS EN CLASE

Qué artículo estupendo es este: *La promesa de Abrahán en las manos de una mujer*. Siempre uso en mis clases los textos publicados en la revista. ¡Están repletos de enseñanzas!

Cássia Ceole
Vía revista.arautos.org

AYUDA DE DÑA. LUCILIA A TODO EL QUE LE PIDE

Soy católico, devoto de Nuestra Señora de Fátima y de Nuestra Señora de la Concepción, desde hace muchos años. Estoy enfermo y en tratamiento médico más o menos desde hace unos tres años, con una mejoría considerable. Pero estoy soñando siempre con la señora Lucilia y quisiera, por medio de ella, una ayuda de nuestro Dios todopoderoso, pues veo por la revista, a la que estoy suscrito, cómo ha ayudado a todo aquel que se lo ha pedido. Esta es la petición que le hago: que me ayude, me basta.

Etneovaldo Barbosa da Cruz
Belo Horizonte — Brasil

EJEMPLO DE ORACIÓN Y DE PENITENCIA

Tras haber leído el artículo acerca de la Beata Umbelina de Jully, *Amar es servir... ¡siempre sonriendo!*, pensé: todos estamos hecho de barro, y la mayoría de barro de mala calidad. Para lograr la perfección se necesitan dos actitudes: la oración y la penitencia. Estos dos dones dados gratuitamente por Dios se completan y nos aproximan unos a otros en la caridad; ésta nunca acaba y en ella obtenemos la salvación. Es el bien más grande que podemos alcanzar y para eso nos ha creado Dios, para contemplarlo algún día en su gloria. Para llegar hasta allí, abrazamos nuestra cruz, día a día, mientras vivimos.

Emilio Oliveira
Vía revista.arautos.org

EL SECRETO DE LA VICTORIA ANGÉLICA

El Libro de Job constata una realidad que vivimos todos los días: «*Militia est vita hominis super terram*» – La vida del hombre sobre la tierra es una lucha (Job 7, 1).

Esa batalla cotidiana es un reflejo del *praelium magnum* del Cielo, entre el ejército de San Miguel y los ángeles insurgentes. Bajo el estandarte del Señor, el santo arcángel proclamó la magnificencia divina: «*Quis ut Deus?!*» – ¡¿Quién como Dios?!; bajo la bandera de las tinieblas, Lucifer exhaló rebelión e insubordinación: «*Non serviam!*» – ¡No serviré!

Sin embargo, este antagonismo no termina con la precipitación de los ángeles malos al abismo infernal; ha sido trasladado a la vida terrena, como continuidad y consumación. De hecho, el Apóstol afirma que «nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6, 12).

Para Santo Tomás de Aquino (cf. *Suma Teológica*. I, q. 114, a. 1), tal combate, en sí mismo, tiene su origen en la malicia del demonio que «peca desde el principio» (1 Jn 3, 8); en cambio, la ordenación al fin último viene de Dios, que sabe permitir el mal para encaminarlo al bien. En la visión meramente humana, el significado de estos arcanos divinos sigue siendo un misterio.

En este sentido, la misión de Cristo en la tierra fue una gran reconquista. Jesús luchaba en todo momento contra las acciones diabólicas, materializadas en tentaciones, vejaciones o posesiones. Esta cruzada contra el demonio constituía la propia esencia de su misión: «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él» (Hch 10, 38).

No obstante, aunque la Redención supuso un gran revés para los espíritus de las tinieblas, éstos persisten en su oficio de tentar a los hijos de la luz. Los ángeles buenos, por su parte, están literalmente «en guardia» para ayudarnos en el combate contra el «príncipe de este mundo» (Jn 6, 11).

Las armas del demonio son bien conocidas, así como sus aliados: el mundo y la carne. Además, sus recursos tácticos ya han sido escudriñados y desgastados por el tiempo, como la sorpresa y el disimulo —de hecho, a menudo se disfraza de «ángel de luz» (2 Cor 11, 14). Estas artimañas están a disposición de cualquier ejército; pero solamente los hijos de la luz son capaces de valerse de lo que ningún dominio humano puede ofrecer, es decir, la gracia.

He aquí el secreto para la victoria: la unión con aquella que es la «llena de gracia» (Lc 1, 28). Ahora bien, si el fondo de la rebelión de los demonios se resume en la actitud revolucionaria del «*non serviam*», la contrarrevolución hacia el bien sólo se distingue por el servicio desinteresado, por el «*serviam*», a semejanza de María Santísima, «la esclava del Señor» (Lc 1, 38).

Así pues, no hay acto más exorcístico que consagrarse como esclavo a la Sabiduría encarnada por las manos de la Reina de los ángeles, porque Ella, por medio de su descendencia, aplastará definitivamente la cabeza de la serpiente (cf. Gén 3, 15). Entonces esos «apóstoles de los últimos tiempos», unidos a los ángeles y a los santos, proclamarán a una voz: «¡¿Quién como María?!». ✧



Detalle de
«El Juicio final»,
de Fra Angelico -
Museo de
San Marcos,
Florencia (Italia)

Foto: Reproducción



Embajadores de Dios, modelos para los hombres

Nosotros, los seres humanos, deberíamos convertirnos continuamente en ángeles los unos para los otros; ángeles que nos apartan de los caminos equivocados y nos orientan siempre de nuevo hacia Dios.

¿Qué es un ángel? La Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia nos hacen descubrir dos aspectos. Por una parte, el ángel es una criatura que está en la presencia de Dios, orientada con todo su ser hacia Dios. Los tres nombres de los arcángeles acaban con la palabra «el», que significa «Dios». Dios está inscrito en sus nombres, en su naturaleza. Su verdadera naturaleza es estar en Él y para Él.

Precisamente así se explica también el segundo aspecto que caracteriza a los ángeles: son mensajeros de Dios. Llevan a Dios a los hombres, abren el Cielo y así abren la tierra. Precisamente porque están en la presencia de Dios, pueden estar también muy cerca del hombre.

En efecto, Dios es más íntimo a cada uno de nosotros de lo que somos nosotros mismos. Los ángeles hablan al hombre de lo que constituye su verdadero ser, de lo que en su vida con mucha frecuencia está encubierto y sepultado. Lo invitan a volver a entrar en sí mismo, tocándolo de parte de Dios. En este sentido, también nosotros, los seres humanos, deberíamos convertirnos continuamente en ángeles los unos para los otros; ángeles que nos apartan de los caminos equi-

vocados y nos orientan siempre de nuevo hacia Dios. [...]

***Miguel: defensor
de la causa de Dios***

Todo esto resulta aún más claro si contemplamos las figuras de los tres arcángeles cuya fiesta celebra hoy la Iglesia. Ante todo, San Miguel. En la Sagrada Escritura lo encontramos sobre todo en el Libro de Daniel, en la Carta del apóstol San Judas Tadeo y en el Apocalipsis. [...] Defiende la causa de la unicidad de Dios contra la presunción del dragón, de la «serpiente antigua» (Ap 12, 9), como dice San Juan. La serpiente intenta continuamente hacer creer a los hombres que Dios debe

desaparecer, para que ellos puedan llegar a ser grandes; que Dios obstaculiza nuestra libertad y que por eso debemos desembarazarnos de Él.

Pero el dragón no sólo acusa a Dios. El Apocalipsis lo llama también «el acusador de nuestros hermanos, el que los acusa día y noche delante de nuestro Dios» (12, 10). Quien aparta a Dios, no hace grande al hombre, sino que le quita su dignidad. Entonces el hombre se transforma en un producto defectuoso de la evolución. Quien acusa a Dios, acusa también al hombre. La fe en Dios defiende al hombre en todas sus debilidades e insuficiencias: el esplendor de Dios brilla en cada persona. [...]

***Gabriel: explorador
de los corazones***

Al arcángel Gabriel lo encontramos sobre todo en el magnífico relato del anuncio de la Encarnación de Dios a María, como nos lo refiere San Lucas (cf. Lc 1, 26-38). Gabriel es el mensajero de la Encarnación de Dios. Llama a la puerta de María y, a través de él, Dios mismo pide a María su «sí» a la propuesta de convertirse en la Madre del Redentor: de dar su carne humana al Verbo eterno de Dios, al Hijo de Dios.

*Al encontrarse
siempre en la
presencia de Dios,
los ángeles pueden
estar también muy
cerca del hombre,
comunicando el
Cielo con la tierra*

En repetidas ocasiones el Señor llama a las puertas del corazón humano. En el Apocalipsis dice al «ángel» de la Iglesia de Laodicea y, a través de él, a los hombres de todos los tiempos: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (3, 20). El Señor está a la puerta, a la puerta del mundo y a la puerta de cada corazón. Llama para que le permitamos entrar: la Encarnación de Dios, su hacerse carne, debe continuar hasta el final de los tiempos. Todos deben estar reunidos en Cristo en un solo cuerpo: esto nos lo dicen los grandes himnos sobre Cristo en la Carta a los efesios y en la Carta a los colosenses. Cristo llama.

También hoy necesita personas que, por decirlo así, le ponen a disposición su carne, le proporcionan la materia del mundo y de su vida, contribuyendo así a la unificación entre Dios y el mundo, a la reconciliación del universo. Queridos amigos, vosotros tenéis la misión de llamar en nombre de Cristo a los corazones de los hombres. Entrando vosotros mismos en unión con Cristo, podréis también asumir la función de Gabriel: llevar la llamada de Cristo a los hombres.

Rafael: bálsamo contra las llagas del pecado

San Rafael se nos presenta, sobre todo en el Libro de Tobías, como el ángel a quien está encomendada la

misión de curar. Cuando Jesús envía a sus discípulos en misión, además de la tarea de anunciar el Evangelio, les encomienda siempre también la de curar. El buen samaritano, al recoger y curar a la persona herida que yacía a la vera del camino, se convierte sin palabras en un testigo del amor de Dios. Este hombre herido, necesitado de curación, somos todos nosotros. Anunciar el Evangelio significa ya de por sí curar, porque el hombre necesita sobre todo la verdad y el amor.

El libro de Tobías refiere dos tareas emblemáticas de curación que realiza el arcángel Rafael. Cura la comunión perturbada entre el hombre y la mujer. Cura su amor. Expulsa los demonios que, siempre de nuevo, desgarran y destruyen su amor. Purifica el clima entre los dos y les da la capacidad de acogerse mutuamente para siempre. [...]

En segundo lugar, el Libro de Tobías habla de la curación de la ceguera.

A ejemplo de los arcángeles, debemos ser defensores de la causa de Dios, heraldos de la fe e instrumentos para la curación de las almas

Todos sabemos que hoy nos amenaza seriamente la ceguera con respecto a Dios. Hoy es muy grande el peligro de que, ante todo lo que sabemos sobre las cosas materiales y lo que con ellas podemos hacer, nos hagamos ciegos con respecto a la luz de Dios.

Curar esta ceguera mediante el mensaje de la fe y el testimonio del amor es el servicio de Rafael, encomendado cada día al sacerdote y de modo especial al obispo. Así, nos viene espontáneamente también el pensamiento del sacramento de la Reconciliación, del sacramento de la Penitencia, que, en el sentido más profundo de la palabra, es un sacramento de curación. En efecto, la verdadera herida del alma, el motivo de todas nuestras demás heridas, es el pecado. Y sólo podemos ser curados, sólo podemos ser redimidos, si existe un perdón en virtud del poder de Dios, en virtud del poder del amor de Cristo. ✧

Fragmentos de: BENEDICTO XVI.
Homilía en la fiesta de los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, 29/9/2007.



Arcángel San Miguel - Castillo de Sant'Angelo, Roma



Sergio Holmann

EVANGELIO

En aquel tiempo, ⁴⁷ vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño». ⁴⁸ Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?». Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». ⁴⁹ Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel». ⁵⁰ Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores». ⁵¹ Y le añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis el Cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre».

«San Miguel y San Bartolomé», de Giovanni di Marco - Museo de Bellas Artes, Dijon (Francia). En la página siguiente, detalles de los frescos de Giotto - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)

El «*praelium magnum*» de la Historia

El Apocalipsis describe con especial fulgor la batalla librada en el Cielo entre los ángeles fieles y los apóstatas. Lejos de haber terminado, esta lucha continúa desarrollándose en la tierra a lo largo de la Historia y alcanza hoy día un punto culminante.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – ÁNGELES Y HOMBRES: ¿DOS SOCIEDADES ESTANCAS?

La fiesta de los tres arcángeles trae a nuestra mente el fulgor de los espíritus celestiales, su prodigiosa excelencia y pureza, así como su fuerza y poder incalculables. El Creador de todas las cosas se complació en adornar el universo con miríadas de ángeles, para presentárnoslo perfecto, grandioso y radiante. Al igual que es imposible contar las estrellas del cielo y las arenas de la playa, también lo es calcular la vastedad de las milicias angelicales, que supera toda consideración humana. Basado en la tradición patristica, Santo Tomás de Aquino¹ establece la superioridad numérica de los ángeles con relación a los hombres en la proporción de noventa y nueve a uno.

Y si tal es la desigualdad cuantitativa, mucho mayor es la que se revela por su naturaleza. Cuando analizamos la distancia existente entre el mundo angélico y el humano, percibimos la inalcanzable altura que el primero tiene sobre el segundo.

Superioridad armónica del mundo angélico

En el contacto directo con el mundo angélico, un pobre mortal que no estuviera sustentado por la gracia divina se sentiría aniquilado, dada la supremacía de los espíritus celestiales. Pese a que los hombres son de naturaleza racional, por estar unida su alma al cuerpo, se vuelven bastante modestos en comparación con los diáfanos embajadores del Señor.

Varios episodios del Antiguo Testamento nos recuerdan el santo temor que se apoderaba de los israelitas al ver a un mensajero divino, pensando que, después de contemplarlo, seguramente les esperaba la muerte (cf. Jue 6, 22; 13, 22; Lc 1, 12). Y el profundo impacto que tuvo la visión del Ángel de la Paz en los pastorcitos de Fátima, a principios del siglo XX, muestra cómo los motivos de ese sentimiento son aún actuales.

Sin embargo, Dios lo gobierna todo con sapiencial dulzura y, a la vez que estableció una jerarquía entre sus criaturas, armonizó también estas dos sociedades tan divergentes desde el punto de vista natural, concediendo a los ángeles y a los hombres el don de la gracia, a través de la cual ambas categorías de seres gozan de la filiación divina. Así, aunque los espíritus puros trascienden en mucho, por su inteligencia rutilante y voluntad indomable, a las pobres luces y débiles resoluciones de los hijos de Adán, su común participación en la vida de Dios los hace hermanos, estrechamente unidos en el amor del mismo Padre.

El papel de los ángeles en la Historia humana

A lo largo de los siglos, los ángeles se han ocupado en custodiar, iluminar y gobernar a los hombres, actuando como verdaderos ministros del Altísimo, para evitar que se extravíen durante su peregrinación por este valle de lágrimas y hacer que alcancen la vida eterna. Los espíritus celestiales,

*Dios adornó
el universo
con miríadas
de ángeles,
para
presentarlo
perfecto,
grandioso y
radiante*

Gustavo Krahl

*Como
hermanos
mayores y
leales amigos,
los ángeles
custodian,
iluminan y
gobiernan a
los hombres,
uniéndose
a ellos en la
lucha contra
el mal*

tras superar la prueba a la que fueron sometidos por el soberano Rey del universo, gozan de la visión de Dios (cf. Mt 18, 10) y permanecen firmes como una roca en su adhesión a toda forma de bien. Por esta razón, como hermanos mayores y leales amigos, no anhelan sino darle la mayor gloria posible a su Señor, llevando a sus custodiados al Paraíso.

La relación tan estrecha existente entre los dos mundos —distintos, pero íntimamente interrelacionados— está relatada con riqueza de detalles en la Sagrada Escritura. Basta recordar al respecto las proezas de San Rafael y Tobías (cf. Tob 6–12), así como las apariciones del arcángel San Gabriel a algunos justos, culminando con su sublime coloquio con la Virgen de las vírgenes (cf. Dan 8, 15–16; 9, 21; Lc 1, 19.26). Además, los ángeles son los responsables de la liturgia celestial, tal como nos lo describen distintos pasajes bíblicos (cf. Gén 28, 12; Is 6, 2–4; Ez 10; Dan 7, 10; Ap 8, 3–4); por ello, la Tradición de la Iglesia considera el rezo de salmos e himnos de glorificación a Dios como un oficio angélico, mediante el cual los hombres se unen a los puros espíritus en una misma alabanza al Creador. Asimismo, el papel de los ángeles de la guarda en la santificación de sus custodiados ocupa un lugar primordial en la piedad católica, fundamentado en sólidas conclusiones teológicas llevadas a la perfección por la sabiduría de Santo Tomás.

No obstante, hay un aspecto poco destacado de esta proficua correspondencia, que consiste en la coligación entre los ángeles bienaventurados y los hombres fieles en la lucha contra el misterio del mal que se desarrolla en la trama de la Historia. Dicho aspecto está relacionado con el sacral, combativo y exorcista grito del príncipe de la milicia celestial: «*Quis ut Deus?*» —¿Quién como Dios?».

El Apocalipsis, con un lenguaje simbólico y misterioso, así nos lo muestra: «Hubo un combate en el Cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció y no quedó lugar para ellos en el Cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y

Satanás, el que engaña al mundo entero [...]. Y se llenó de ira el dragón contra la mujer, y se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12, 7–9.17).

El hecho de que Satanás fuera expulsado de la presencia del Señor de los Ejércitos por San Miguel y arrojado a la tierra inauguraba un nuevo campo de batalla.

Ángeles y hombres: un único ejército del Señor

Ganada la terrible y encarnizada guerra librada en el Paraíso celestial, la disputa ya no consistirá en un duelo fulminante entre puros espíritus. Habían entrado en la liza los hombres, inicialmente seducidos por el tentador, pero socorridos a lo largo de los siglos por la misericordia divina, la cual culminaría en la obra de la Redención llevada a cabo por Nuestro Señor Jesucristo. La maldición de Dios Padre contra la serpiente estableció una enemistad irreconciliable entre la raza del demonio y la estirpe de

la mujer, desencadenando una encendida y mortal contienda, que solamente acabará en el Juicio final.

Tan bella, provechosa y magnífica se vuelve esta guerra, que el propio Hijo de Dios encarnado quiso entrar en ella como un general invencible. Su principal arma radica en la obediencia filial y amorosa a la voluntad del Padre, que se manifiesta en el sacrificio de la cruz. Nuestro Señor es el Rey del Cielo y de la tierra, el Señor absoluto a quien los ángeles, reverentes y llenos de temor, adoran y sirven. Por lo tanto, Él encabeza las huestes del bien compuestas por los espíritus celestiales y por los hombres buenos. Satanás, como hemos visto, es el cabecilla de los demonios y sus secuaces, reclutados también de entre los hijos de Eva.

San Ignacio de Loyola, en uno de los pasos más característicos de su retiro espiritual, presenta la meditación de las dos banderas, es decir, de los dos ejércitos enfrentados hasta la consumación de los siglos. Como composición de lugar



«San Miguel lucha contra el dragón»,
Les Très riches heures du Duc de Berry -
Castillo de Chantilly (Francia)

Reproducción

propone «ver un gran campo de toda aquella región de Jerusalén, donde el sumo capitán general de los buenos es Cristo, nuestro Señor; otro campo en la región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer».²

El santo fundador aconseja imaginar al diablo sentado en una cátedra de fuego y humo, con una figura horrible y espantosa. En contraposición a él, recomienda concebir la imagen del «sumo y verdadero capitán, que es Cristo, nuestro Señor».³ El primero, al grito de «no he de servir» (Jer 2, 20) y «[seré] semejante al Altísimo», trata de destronar a Dios. Por su parte, el divino jinete, montado sobre un caballo blanco (cf. Ap 19, 11), lucha con fuerza irresistible a fin de restituir al Padre la gloria que le es debida.

¿Cómo se desarrolla esta lucha? ¿Cuál será su desenlace? Son preguntas oportunas, que merecen ser elucidadas con ocasión de la fiesta de los tres arcángeles.

II – EL FULGOR INICIAL DE UN ALMA JUSTA

El Evangelio elegido por la Santa Iglesia para la liturgia de hoy se sitúa al final del primer capítulo de San Juan. Nuestro Señor establece los primeros contactos con sus futuros discípulos, pertenecientes a los círculos de seguidores del Precursor. De entre ellos destaca Natanael, de quien Jesús teje los más nobles elogios.

La luz primordial de Natanael

En aquel tiempo, ⁴⁷ vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño».

El discernimiento de los espíritus de Nuestro Señor es absoluto. Con mirada penetrante e infalible, conoce de modo perfectísimo los corazones de los hombres y percibe, más que nadie, qué aspecto de la infinita veracidad, bondad y belleza de Dios cada cual está singularmente llamado a representar. Por eso, al ver a Natanael afirma: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño».

Si consideramos que Jesús dirá de sí mismo que es la Verdad y que su más acérrimo combate contra los fariseos fue librado debido a la burda hipocresía de éstos, ¿cómo no apreciar el elogio hecho al nuevo discípulo, que se acerca con la expectativa de encontrar al Salvador de Israel? Podemos conjeturar que el Redentor tuviera la intención de ex-

plicitar la luz primordial de Natanael, a fin de estimularlo en su específico camino de santificación.

Una fe robusta al inicio de la vocación

⁴⁸ Natanael le contesta: «¿De qué me conoces?». Jesús le responde: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». ⁴⁹ Natanael respondió: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel».

Natanael se siente profundamente interpretado. Nadie le había explicado de una manera tan concisa y clara el fondo de su personalidad virtuosa. Sí, era de hecho una persona justa y sólo Nuestro Señor lo había intuido con tanta acuidad, incluso sin conocerlo directamente. Jesús lo había visto a distancia, de forma sobrenatural, mientras el futuro apóstol rezaba o reflexionaba debajo de la higuera sobre asuntos íntimos, jamás revelados a otros. Quizá estuviera pensando en la falsedad de los fariseos y en el mal de la hipocresía, desgarrado al contemplar la crisis de las élites hebreas.

Lo cierto es que, saberse conocido y amado así por el Maestro, abrió el corazón del discípulo para la gracia de la fe, recibida con una sutileza fuera de lo común: «Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel». San Pedro haría más adelante una confesión similar, después de haber presenciado milagros retumbantes y oído doctrinas maravillosas; sin embargo, Natanael en el primer contacto voló hasta la divinidad del Señor y la proclamó con convicción.

El premio de los que creen

⁵⁰ Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores».

Es difícil imaginar el consuelo experimentado por Natanael al escuchar del Maestro estas palabras. ¡El Todopoderoso nunca se deja vencer en generosidad! Nuestro Señor alaba la prontitud de la fe de Natanael, que lo proclama Hijo de Dios y Rey de Israel sólo porque había comprobado la penetración y el carácter extraordinario de su discernimiento, y le promete: «Has de ver cosas mayores».

En efecto, el Señor se da por entero a quien por entero se da a Él. Así, la magnanimidad y la confianza del discípulo se vieron recompensadas con una liberalidad inesperada: la promesa del Cielo, de la visión directa de Dios, que de alguna ma-

*El propio
Hijo de Dios
quiso entrar
en aquella
batalla como
general
invencible del
ejército del
bien, formado
por hombres
y espíritus
celestiales*

*Jesús también
es Señor de
los ángeles.
Por su poder
divino se
obtuvo el
glorioso
desenlace del
«praelium
magnum»*

nera ya podemos poseer en la tierra mediante la virtud de la esperanza.

El Rey de los ángeles

⁵¹ Y le añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis el Cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre».

Nuestro Señor hace una clara alusión al sueño del patriarca Jacob en Betel (cf. Gén 28, 10-19). Durante su descanso nocturno, vio una escalinata apoyada en la tierra, que llegaba hasta el Cielo. Los ángeles subían y bajaban por ella y Yahvé estaba en el extremo más alto, desde donde renovó de forma solemne las promesas hechas a Abrahán. Jacob se quedó muy impresionado con la visión y llamó a aquel lugar «casa de Dios» y «puerta del Cielo».

Tal manifestación sobrenatural ponía de relieve la soberanía absoluta del divino Artífice sobre toda la Creación, los espíritus celestiales inclusive. Ahora bien, al aplicarse a sí mismo la visión del patriarca, el Salvador subraya el esplendor de su divinidad, idéntica a la del Padre. Jesús también es Señor de los ángeles, superior a ellos en todo, como enseñará San Pablo en el célebre pasaje de la Epístola a los hebreos: «[Está] tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues ¿a qué ángel dijo jamás: “Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy”; y en otro lugar: “Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo”? Asimismo, cuando introduce en el mundo al Primogénito, dice: “Adórenlo todos los ángeles de Dios”» (1, 4-6).

Jesús quiere solidificar la fe de Natanael y, para ello, le promete asistir a la revelación clara, grandiosa y suprema de su personalidad divina. Él es uno con el Padre y, por tanto, Señor del universo. Esta ascendencia de Cristo sobre los santos ángeles explica el hecho de que Él acompañara el *praelium magnum* del Cielo, incluso antes de la Encarnación. Así lo certifica el Evangelio de San Lucas: «Los setenta y dos volvieron con alegría diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Estaba viendo a Satanás caer del Cielo como un rayo”» (10, 17-18).

Nuestro Señor, en cuanto Verbo eterno e increado de Dios, no sólo presenció el derrocamiento de



«Cristo con los serafines», de Lorenzo Monaco - Gemäldegalerie, Berlín

Lucifer, sino que, como supremo Juez, lo condenó para siempre junto con la caterva de ángeles rebeldes vencidos por San Miguel y sus magníficas cohortes. Su poder, en definitiva, resolvió el desenlace glorioso del *praelium magnum*. Sin embargo, la derrota no le impidió al diablo actuar en absoluto. En el Cielo ya no había sitio para él, es verdad, pero, como dijimos antes, en la tierra comenzaba un nuevo *praelium magnum*, cuyo protagonista sería el género humano.

La Iglesia, aunque victoriosa y participante de la gloria de la Resurrección de su cabeza, como bien profetiza San Juan en el Apocalipsis (cf. Ap 21,

9-27), sería perseguida, asediada e infiltrada cruelmente por las insidias del demonio y sus secuaces a lo largo de los siglos. No obstante, manifestaría la fuerza de la divinidad de su Fundador expurgando, atacando y resistiendo a los embates promovidos por los contubernios de la iniquidad.

III – ÁNGELES Y HOMBRES UNIDOS POR VÍNCULOS SAGRADOS

El Apóstol de las Gentes compara al cristiano con un soldado: «Así pues, tú, hijo mío, hazte fuerte en la gracia de Cristo Jesús. [...] Toma parte en los padecimientos como buen soldado de Cristo Jesús. Nadie, mientras sirve en el ejército, se enreda en las normales ocupaciones de la vida; así agrada al que lo alistó en sus filas» (2 Tim 2, 1.3-4). Parece lógico, por tanto, que cada bautizado se pregunte cuál es su papel en la lucha contra el mal y cuáles son las armas espirituales que ha de utilizar. Por otro lado, es importante conocer en detalle el papel de los extraordinarios aliados que nos ha concedido el Cielo: «A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos» (Sal 90, 11).

De hecho, los espíritus celestiales poseen un poder muy superior al humano. Uno solo de ellos ejecutó, sin excepción, a todos los primogénitos de Egipto (cf. Éx 12, 30; He 11, 28). Otro, en el reinado de Ezequías, provocó en una misma noche la muerte de ciento ochenta y cinco mil soldados de Senaquerib (cf. 2 Re 19, 35). En un horno encendido, un tercero protegió del fuego a tres

jóvenes que Nabucodonosor había condenado a morir quemados vivos (cf. Dan 3, 49-50). También San Pedro fue liberado de las garras de Herodes por la intervención de un ángel, que le soltó las cadenas y le abrió milagrosamente las puertas de la cárcel donde se encontraba (cf. Hch 12, 7-10). Numerosos sucesos similares y no menos extraordinarios abundan en la Sagrada Escritura y en la vida de los santos.

Era sabio que Dios, habiéndoles concedido a los demonios permiso para tentar, infestar y asaltar a los hijos de la luz, hiciera entrar en guerra, en favor de la Santa Iglesia, a los espíritus angélicos, a fin de que cooperen con los hombres para la instauración del Reino de Dios. De tal modo que el *prælium magnum* de la tierra concluyera con una estruendosa victoria del ejército del bien, que combate a las órdenes del divino General.

En las batallas de la vida espiritual, ¡luchemos junto a los ángeles!

Un episodio del Antiguo Testamento nos puede ayudar a comprender cómo la presencia de los ángeles puede ser beneficiosa y emocionante para la santa milicia del Señor. Se trata de una batalla de los Macabeos contra Lisias, pariente del rey Antíoco, que deseaba conquistar Jerusalén a fin de profanarla, dirigiendo contra ella un ejército imponente y temible.

Los judíos, con lágrimas y súplicas, obtuvieron que Dios les enviara un caballero celestial que acompañara a los soldados en el combate. El resultado fue impresionante: «El mismo Macabeo fue el primero en tomar las armas y arengó a los demás a que, juntamente con él, afrontaran el peligro y auxiliaran a sus hermanos. Partieron entusiasmados todos juntos. Cuando estaban todavía cerca de Jerusalén, apareció, poniéndose al frente de ellos, un jinete vestido de blanco, blandiendo armas de oro. Entonces todos a una bendijeron al Dios misericordioso y sintieron enardecerse sus ánimos, dispuestos a atravesar no solo a hombres, sino también a las fieras más feroces y hasta murallas de hierro. Avanzaban en orden de batalla,

con el aliado enviado del Cielo, porque el Señor se había compadecido de ellos. Se lanzaron como leones sobre los enemigos, abatieron once mil infantes y mil seiscientos jinetes, y obligaron a huir a todos los demás. La mayoría de estos escaparon heridos y desarmados; el mismo Lisias se salvó huyendo vergonzosamente» (2 Mac 11, 7-12).

La fiesta de los gloriosos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael es, por tanto, una ocasión valiosísima para que cada soldado de Cristo, en unión con la Santa Madre Iglesia, recurra al auxilio de las milicias celestiales. Alentado por la acción angélica y unido bajo el estandarte de la cruz, el ejército del bien podrá enfrentar —intrépido, altanero y lleno de fe— a las jactanciosas tropas del adversario que, cual nuevo Goliat, sucumbirá tremendamente humillado.

La caballería angélica luchará junto a las huestes de los justos.

Así, ángeles y hombres, estrechando cada vez más los vínculos sagrados que los unen, asestarán el golpe más terrible de la Historia contra el enemigo infernal, que extiende su embestida, cual siniestra y enorme tela de araña, por toda la tierra. Teniendo al mismo Dios humanado como rey y general, ¿quién podrá derrotar a este bendito ejército en el que los espíritus celestiales y los hijos de la luz luchan codo a codo contra el demonio y sus secuaces?

El triunfo del Corazón Inmaculado de María profetizado en Fátima será el más bello trofeo obtenido en el choque entre el bien y el mal. Supliquemos el auxilio de los ángeles, pidámosles a los príncipes de la milicia celestial que bajen con sus legiones para combatir en nuestro favor. Así podremos ofrecerle a nuestra Reina la corona de mayor fulgor, la gloria más retumbante, la reconquista tan esperada. ✧



«Victoria de San Miguel en Siponto sobre los infieles», de Luis Borrassà - Museo de Arte de Gerona (España)

La caballería angélica y las huestes de los justos asestarán, juntas, el golpe más terrible de la Historia contra el enemigo infernal

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Super Matthæum*, c. XVIII, lect. 2; *Catena Aurea*. In *Lucam*, c. XV, vv. 1-7.

² SAN IGNACIO DE LOYOLA. *Ejercicios espirituales*, n.º 138.

³ Ídem, n.º 143.



LOS SIETE ARCÁNGELES

El Estado Mayor de Dios

Todo ejército posee una jerarquía coronada por un Estado Mayor. En el caso de los ángeles, está integrado por siete oficiales de élite.



✠ Marcelo Soares Teixeira da Costa

Quizá los ángeles no sean como imaginamos. Siglos de edulcorada iconografía religiosa han acabado vendiéndonos una especie de figura estándar de ese personaje alado, joven —o niño, al gusto del consumidor—, vestido con trajes ligeros o nulos y ejerciendo desprecupadamente sus dotes de violinista por toda la eternidad. Ahora bien, si admitiéramos esto nos veríamos llevados a concluir que el Paraíso se nos presenta como una inmensa orquesta de virtuosos o como una pintoresca guardería para bebés eternos...

Sin embargo, la verdad parece ser mucho más amplia. No podemos olvidar que esas criaturas suaves, diáfanas, purísimas, nacieron en un cielo ígneo,¹ entablaron combate contra los demonios ya en los primeros instantes de su existencia, fueron colocados a la entrada del Edén para protegerlo con espadas llameantes, son capaces de diezmar ejércitos y castigar ciudades enteras (cf. Ap 12, 7; Gén 3, 24; 2 Re 19, 35; 2 Sam 24, 15-17).

Finalmente, cuando son analizados con detenimiento, los ángeles se revelan tan poderosos, luchadores y, nos atreveríamos a decir, varoniles —pues la virilidad es sobre todo un carácter de espíritu— que tal vez únicamente se les pueda denominar ade-

cuadamente, en su conjunto, con esta formulación incomparable: «Milicia celestial» (Lc 2, 13).

Ahora bien, todo ejército posee una jerarquía coronada por un Estado Mayor. En el caso de los ángeles, está integrado por siete oficiales de élite. De éstos son de los que nos ocuparemos a continuación.

¿Cómo sabemos que existen?

Quien nos da a conocer la existencia de los siete arcángeles es San Rafael. Después de haber cumplido su misión junto a Tobías y los suyos, les revela su verdadera naturaleza y afirma que pertenece a ese selecto grupo de espíritus (cf. Tob 12, 15). Aunque ni siquiera utilice el término *arcángel* —por cierto, empleado tan sólo un par de veces en las Escrituras, ambas en el Nuevo Testamento—, sus palabras fundamentan nuestra fe en la existencia de los siete arcángeles.²

El amigo de Tobías se presenta como uno de los entes angélicos que están al servicio de Dios y tienen acceso a la gloria de su presencia. Este oficio, que Rafael indica con tanta sencillez, es capaz de suscitar santa envidia en cualquier criatura. Se trata de un cargo similar al de los servidores directos de los reyes de la tierra; esos siete ángeles tienen entrada libre

en la intimidad del Altísimo, en calidad de confidentes y ministros.³ Por consiguiente, se encuadran en el coro de los serafines, cuya función es mantener una relación estrecha con Dios y amarlo, no con un afecto ordinario sino con un «incendio de amor».⁴

¿Cómo se llaman?

Hay que decir que los ángeles han demostrado siempre una curiosa renuencia a revelar su nombre propio. Manoj, padre de Sansón, trató de descubrir el de uno de ellos cuando se le apareció, pero no le salió bien... La respuesta vino casi como una reprimenda: «¿Por qué preguntas mi nombre? Es misterioso» (Jue 13, 18).

De hecho, las criaturas angélicas no necesitan complicarse con este tipo de formalidades, porque no se comunican a través de palabras. Las denominaciones bajo las cuales se presentan se refieren simplemente a la misión que desempeñan entre los hombres.⁵ Son adaptaciones realizadas para el intelecto humano, o sea, están por debajo de la realidad... Quizá por eso tan sólo tres de los siete arcángeles revelaron sus nombres con carácter oficial, esto es, fueron acogidos por la Santa Iglesia como parte de la Revelación pública: San Miguel, San Gabriel y San Rafael.

En los primeros siglos de la Iglesia existía la costumbre de rendir culto a otros espíritus angélicos por su nombre, basándose principalmente en datos extraídos de los libros apócrifos. Esto terminó en el año 745, cuando el papa San Zacarías condenó, a petición de San Bonifacio, a un tal Adelberto, de quien se supone que utilizó algunas de esas invocaciones para la brujería. En el sínodo que impugnó al hereje se reiteró que la Iglesia sólo reconoce oficialmente las tres designaciones antes mencionadas.

El Papa no afirmó que fuera ilícito el darles nombre a los ángeles; condenó únicamente aquellos de los que se valía el hechicero. Prueba de ello es el hecho de que santos posteriores al pontificado de Zacarías adoptaron esa práctica.⁶ No obstante, está claro que sigue siendo recomendable proceder con cautela en este asunto.

Sea como fuere, la humanidad aún desconoce a cuatro de los siete arcángeles y esta incógnita permanecerá hasta que ellos mismos se dignen arrojar algo de luz al respecto. No vemos otro camino que no sea mediante una revelación privada aprobada por la Iglesia. Pero eso no depende de nosotros...

Sus misiones

Antes hemos considerado que los siete arcángeles son serafines. Sin embargo, no están todo el tiempo exclusivamente contemplando a Dios. Cuando se disponen a desempeñar una misión «práctica» que el Altísimo les ha encomendado, su amor abrasado se transforma en celo y su acción suele ser precisa, eficaz, avasalladora.

Mientras se encontraba exiliado en Babilonia, el profeta Ezequiel se vio transportado místicamente al atrio interior del Templo de Jerusalén. Le fue revelado que en el propio recinto sagrado se practicaba la idolatría, probablemente la adoración a la diosa Astarté, la Venus fenicia, cuyo culto solía asociarse a acciones obscenas. Para agrava-

var el escándalo, «había representaciones de todos los reptiles y animales repugnantes» (Ez 8, 10) a las que se les incensaba en ciertas cámaras a lo largo del Templo y, por lo que todo indica, serían los aposentos de los sacerdotes.⁷ En el corazón de la religión verdadera, los hombres llamados a ser la punta de lanza del fervor transformaban la Casa de Dios en un antro de abominaciones. Aquel pecado no podía quedar impune.

Entonces aparecieron seis hombres y «cada uno empuñaba una maza» (Ez 9, 2); los lideraba un séptimo personaje vestido de lino, como los sacerdotes, y con los avíos de escribano a la cintura.⁸ Esos ángeles en forma humana habían recibido instrucciones precisas: en primer lugar, el último de ellos debía recorrer Jerusalén marcando con una cruz en la frente a los que gemían y se lamentaban por los pecados cometidos en la ciudad; luego los otros seis exterminarían a todos los impíos que no tuvieran

esa señal sagrada, comenzando por el santuario. Los términos del mandato impresionan por su truculencia: «Profanad el Templo, llenando sus atrios de cadáveres, y salid a matar por la ciudad» (Ez 9, 7).

Concluida la misión, en una actitud típicamente militar, el comandante del destacamento fue a rendir cuentas a la autoridad, con una objetividad y sangre fría —si sangre tuvieran...— desconcertantes: «He hecho como me ordenaste» (Ez 9, 11). De hecho, Jerusalén pronto sería devastada por Nabucodonosor.

Los ángeles de las trompetas

También vemos a los siete ángeles en el capítulo octavo del Apocalipsis, esta vez provistos no de misteriosas armas, sino de trompetas. Al ser tocadas, precipitan horribles catástrofes sobre la tierra; y, curioso un detalle, el castigo divino se desencadena en atención a las oraciones de los santos (cf. Ap 8, 3-5).

Conforta observar cómo sus métodos son muy similares a los de la visión de Ezequiel: el castigo no alcanza a los que están marcados en la frente con el sello de Dios (cf. Ap 9, 4).

De hecho, no se trata solamente de perdonar a los justos. La misma fuerza de irresistible impacto y tenacidad victoriosa que los siete arcángeles dirigen contra el mal a fin de exterminarlo, saben usarla para proteger, guiar y consolar a los buenos. Mientras los ángeles de la guarda son designados habitualmente para velar por los hombres en particular, los siete arcángeles parecen que custodian una realidad mística: las Iglesias del Apocalipsis.

Siete familias espirituales en el Cuerpo Místico de Cristo

El misterioso escrito con el que termina la Revelación es sencillamente apasionante. Cada palabra, cada detalle, cada gesto consignado en él es comparable a unas piedras preciosas



Los siete arcángeles viven en la íntima contemplación de Dios, pero también desempeñan misiones de forma eficaz y avasalladora

«San Miguel», de Gerard David - Museo de Historia del Arte, Viena. En la página anterior, «Ejército angélico», de Guariento di Arpo - Museos Cívicos de Padua (Italia)

de un enorme caleidoscopio: aun permaneciendo siempre idénticas a sí mismas, se reorganizan, se articulan, componen nuevos diseños, con una profundidad maravillosa.

Al comienzo de su obra, San Juan narra que fue arrebatado y oyó una fuerte voz que le decía: «Lo que estás viendo, escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias» (1, 11). La propia formulación de la frase sugiere contener un arcano sublime. Arcano éste que adquiere aún más encanto al entrar en contacto con los poéticos nombres de las comunidades: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia, Laodicea. ¿Qué son estos grupos?

Antes que nada, los apelativos indican ciudades reales, que se encontraban en la provincia proconsular de Asia, parte de la actual Turquía. Es legítimo admitir que el apóstol se dirigiera a las comunidades cristianas de cada uno de esos lugares. Pero ¿qué le llevaría a elegir solamente esas cuando en la misma región había otras, y más importantes? Creer que el Espíritu Santo dispuso el texto sagrado de esa manera simplemente por «razones logísticas» de correo, como pensaron algunos,⁹ ¿no sería atarle sus divinas alas?

Ciertos autores prefirieron optar por una visión más trascendental. San Buenaventura y el Venerable



Los sublimes guardianes que velan por las Iglesias mencionadas en el Apocalipsis de San Juan bien pueden ser los siete arcángeles

Bartolomé Holzhauser,¹⁰ por ejemplo, interpretaron las Iglesias como siete etapas de la Historia de la Iglesia universal, desde su fundación hasta el final de los tiempos.

Otra exégesis particularmente interesante es la que hace el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,¹¹ quien plantea la hipótesis de que aquellas Iglesias fueran tribus o familias espirituales dentro del Cuerpo Místico de Cristo: un tipo paradigmático de mentalidad católica, dotado de diversas atribuciones en la lucha, con sus lados buenos y malos.

Los tres modos de entender ese cartero, aun siendo distintos, no se contradicen. Al contrario, diríamos incluso que se completan. Se trata de un tema fascinante, lleno de desdoblamientos que escaparían al objetivo, en singular de estas líneas, pero que —quién sabe— podrían ser materia para otro artículo. De momento, basta quedar-

nos con la visión del Dr. Plinio, pues nos permitirá avanzar en nuestro rompecabezas. Busquemos, entonces, las piezas que faltan.

Los ángeles de las Iglesias

Otro punto que considerar es el destinatario inmediato de las cartas. San Juan no escribe directamente a toda la comunidad, sino a una especie de preceptor, como se lee en todas las misivas, cuyas palabras iniciales son, invariablemente: «Al ángel de la Iglesia en...». ¿Quiénes son esos personajes?

El asunto no es tan sencillo como se podría pensar a primera vista. Para empezar, aunque parece obvio que el apóstol se dirige a los ángeles —después de todo, es lo que así leemos—, la verdadera identidad de los representantes de las Iglesias ha sido discutida desde tiempos remotos. Muchos autores prefieren ver en ellos sólo a los

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 61, a. 4.

² Cf. VACANT, Alfred; MANGENOT, Eugène; AMANN, Émile (Dir.). *Dictionnaire de Théologie Catholique*. Paris: Letouzey et Ané, 1946, t. XV, col. 1168.

³ Cf. ARNALDICH, OFM, Luis. *Biblia comentada. Libros históricos*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1963, t. II, pp. 836-837.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 108, a. 6. No

hay contradicción en el hecho de que sean arcángeles y, al mismo tiempo, serafines. La sociedad angélica es demasiado elevada para nuestro entendimiento, hasta el punto de que incluso San Agustín y Santo Tomás reconocen su incapacidad de esquematizarla con exactitud (cf. Ídem, a. 3; SAN AGUSTÍN. *Enchiridion ad Laurentium*. L. I, c. 58: PL 40, 259-260). De cualquier forma, parece más probable que los coros se subdividan en razón de los ofi-

cios y funciones desempeñados por cada grupo de ángeles y no de su esencia; nada impide que un ángel perteneciente a un determinado coro ejecute acciones propias a otros (cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 2; 5). Así, un serafín puede «abandonar» la presencia de Dios para, por ejemplo, transmitir un mensaje. Ahora bien, como enseña San Gregorio Magno, a los espíritus celestiales que se ocupan de pequeños encargos se les llama *ángeles* —del griego

ἄγγελος, mensajero—, mientras que a los que transmiten grandes mensajes se les llama *arcángeles* (cf. SAN GREGORIO MAGNO. *Homélies sur l'Évangile*. Homélie 34, n.º 8: SC 522, 337-339). Esto explica la «doble patente» de los siete entes angélicos supremos, que se insertan en el coro de los serafines, pero son conocidos como arcángeles por desempeñar altísimas misiones entre los hombres.

⁵ Cf. SAN GREGORIO MAGNO, op. cit., n.º 8, 339.



Fotos: Nuno Moura

De izquierda a derecha: ángeles de las Iglesias de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea - Castillo de Cardiff (Inglaterra)

obispos de las comunidades o incluso a simples entidades ficticias, utilizadas como recurso retórico. Hasta el día de hoy ninguna hipótesis se ha presentado como definitiva y por cada argumento a favor suele haber al menos dos o tres en contra,¹² lo que llevó a San Agustín a calificar la cuestión de «res obscurissima».¹³

A falta de unanimidad, nos sentimos libres de elegir la opinión de Orígenes,¹⁴ que los interpreta como auténticos ángeles. Unamos este dato a la hipótesis del Dr. Plinio: ¿no parece reconfortante la idea de que cada una de las siete familias espirituales de la Santa Iglesia esté bajo la protección de un poderoso ente angélico? Según pertenezcamos a una u otra tendremos un patrón que vela por nosotros con un cariño muy especial y que está dispuesto a auxiliarnos en cualquier situación, siempre que a él recurramos.

Ahora bien, surge un interrogante: ¿qué ángeles son estos?

Una hipótesis alentadora

El Apocalipsis no afirma taxativamente que se traten de nuestros siete arcángeles mencionados; San Juan sólo se refiere a ellos de manera explícita un poco más adelante, en el capítulo octavo. No obstante, resulta curioso que, al presentarlos, se expresa suponiéndolos como ya conocidos.¹⁵ Entonces, ¿habría alguna referencia anterior, aunque fuera implícita? Recurriendo a San Buenaventura tal vez encontremos la respuesta, junto con la última pieza que falta para completar el mosaico.

Siete series septenarias componen el Apocalipsis: son siete cartas, siete sellos, siete trompetas, siete copas de la ira de Dios, etc., (cf. Ap 2–3; 6–8, 1; 8, 2–11; 16). Según el Doctor

Seráfico,¹⁶ esos ciclos repiten el mismo contenido pero de forma diferente, en una armonía perfecta.

Por consiguiente, es posible conjeturar que los ángeles contemplados en el capítulo octavo se identifiquen con los que están en todas las demás series, presentados, sin embargo, desde otro punto de vista. Así pues, los sublimes guardianes que velan por las Iglesias pueden muy bien ser los siete arcángeles.

Más que guardianes: aliados!

¿Y por qué negarlo? Las Escrituras comparan esos espíritus perfectísimos a los «ojos de Yahvé», que escudriñan toda la tierra a modo de una compañía de centinelas; los designa, en el texto hebreo, como los ángeles del rostro del Señor, dispuestos a salvar al pueblo de la Alianza en todas sus tribulaciones (cf. Zac 4, 10; Is 63, 9).

Son mucho más que simples custodios: son nuestros compañeros en la lucha. La Providencia nos concedió cerrar filas en un solo cuerpo de ejército con sus principales combatientes. En nuestra guerra contra el poder de las tinieblas —compuesta tanto de grandes lances como de pequeñas escaramuzas cotidianas—, podemos estar seguros de que su auxilio está al alcance de nuestras manos: basta juntarlas y rezar. ✧

⁶ San Alberto Magno y San Buenaventura, por ejemplo (cf. SERRANO, Andrés. *Los siete príncipes de los ángeles*. 2.ª ed. Bruselas: Francisco Foppens, 1707, p. 257).

⁷ Cf. GARCÍA CORDERO, OP, Maximiliano. *Biblia comentada. Libros proféticos*. Madrid: BAC, 1961, t. III, p. 812.

⁸ Sobre la identificación de estos personajes con los siete arcángeles, véase: VACANT; MANGENOT; AMANN, op. cit., col. 1169.

⁹ Cf. RAMSAY, William Mitchell. *The Letters to the Seven Churches of Asia*. London: Hodder and Stoughton, 1904, pp. 185-196.

¹⁰ Cf. SAN BUENAVENTURA. *Collationes in Hexameron*. Collatio XVI, nn. 18-20. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1947, pp. 479-481; VENERABLE BARTOLOMÉ HOLZHAUSER. *Interprétation de l'Apocalypse*. 2.ª ed. Paris: Louis Vivès, 1857, v. I, p. 101. Acerca de cómo San Buenaventura relaciona el Apoca-

lipsis y la Historia, véase también: RATZINGER, Joseph. *La Teología de la Historia de San Buenaventura*. 2.ª ed. Madrid: Encuentro, 2010.

¹¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio, apud CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. III, p. 153, nota 29.

¹² Cf. BIGUZZI, Giancarlo. *Apocalisse*. 3.ª ed. Milano: Paoline, 2013, p. 96.

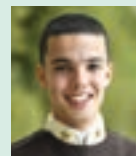
¹³ SAN AGUSTÍN. *De doctrina christiana*. L. III, c. 30, n.º 42. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1957, t. XV, p. 240.

¹⁴ Cf. ORÍGENES. *Homélies sur Saint Luc*. Homélie 23, n. 7: SC 87, 320.

¹⁵ Cf. BARTINA, SJ, Sebastián. *Apocalipsis de San Juan*. In: NICOLAU, SJ, Miguel et al. *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento*. Madrid: BAC, 1962, t. III, pp. 676-677.

¹⁶ Cf. SAN BUENAVENTURA, op. cit., n.º 20, p. 481.

El protector de la Santa Iglesia



✠ Lucas Rezende de Sousa

Gustavo Krahl



Siempre de un cielo extremo en defensa del honor divino, San Miguel nunca deja, asimismo, de proteger al Cuerpo Místico de Cristo, sobre todo en los momentos de mayor peligro.

Todavía era el comienzo de la Creación y los ángeles se encontraban en estado de prueba. Rebotante de amor para con estas obras de sus manos, Dios había decidido —como es opinión extensa entre los teólogos de renombre—, revelarles los planes que llevaba en su corazón: la Encarnación de la segunda Persona de la Santísima Trinidad y la elección de una criatura humana perfectísima como Madre suya, la cual sería la Reina no sólo de los hombres, que irían a ser creados, sino de todo el universo y de los seres angélicos inclusive.

La sublime revelación constituyó un factor de división entre los puros espíritus: unos la aceptaron, otros la rechazaron.¹ Los rebeldes estaban capitaneados por el más grande de los ángeles: Lucifer, quien, al no querer someterse a una naturaleza inferior a la suya, gritó: «*Non serviam!*» — ¡No serviré!». Apenas resonaron sus palabras en los Cielos cuando San Miguel respondió a la afrenta con un clamor mil veces más potente: «*Quis ut Deus?!*» — ¡¿Quién es como Dios?!». A la voz del príncipe de la milicia celestial, los ángeles buenos se congregaron bajo su mando para expulsar del Paraíso a los que se atrevieron a alzarse contra los designios del Creador. La victoria fue retumbante.

Teólogos ilustres, como San Agustín y Santo Tomás de Aquino,² sitúan aquel gran enfrentamiento en el primer día de la Creación, narrado en el Génesis: «Vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla» (1, 4). No obstante, basta con seguir leyendo el libro sagrado para entender que la guerra no había hecho más que empezar...

Lucifer y sus secuaces no se rendirían fácilmente: querían venganza y, para llevarla a cabo, se valdrían del género humano, tan vinculado a la causa misma de su rebelión. En efecto, la victoria ya no dependería únicamente de la fuerza de acción de los espíritus angélicos, sino de cómo reaccionaría la flaqueza humana ante ella. Y el ataque inicial infligido por los ángeles malos en ese nuevo escenario conllevaría como funesta consecuencia el pecado que trajo la maldición para toda la humanidad.

A lo largo de la Historia, los ataques del diablo contra la realización de los planes divinos no han hecho más que aumentar. Tras haber conquistado el consentimiento de tantas almas a las solicitudes infernales, el enemigo se jactó de los vicios y pecados en los que, instigados por él, se hundían los hombres.

Durante todo ese tiempo, sin embargo, San Miguel no permaneció inerte.

Arcángel de Israel... y del «Nuevo Israel»

En manos de este «gran príncipe» (Dan 12, 1) estaba la misión de velar por el pueblo elegido. Tan excelso patrón fue el sostén de los patriarcas, la inspiración de los profetas, el consuelo de los justos, en fin, la defensa de los hijos de Israel. ¡Qué privilegio, incluso para un ángel, tener la tarea de custodiar a la nación de la que nacería María Santísima y, de Ella, el «primogénito de toda criatura» (Col 1, 15)!

Sí, qué privilegio y, perdónenos San Miguel, qué disgusto... ¿Quién iba a imaginar que de ese mismo pueblo surgirían los sicarios del Mesías? Lo impensable sucedió: el arcángel vio a su Señor siendo crucificado y asesinado por aquellos de quienes era su guardián; aun así, en medio a tal auge de maldad, el patrón de Israel allí estaba, inspirando dolor y arrepentimiento en aquellos corazones empedernidos.

Se hizo la oscuridad en pleno día, hubo terribles temblores de tierra, el velo del Templo se rasgó. ¿Y por qué no ver también en esos acontecimientos la indignación de San Miguel contra el infame pecado de deicidio? Tales calamidades parecían un eco, en esta tierra, de aquel grito que había resonado en la bóveda celestial e hizo temer a los ángeles rebeldes, precipitando al abismo al espíritu otrora «portador de la luz», Lucifer. De hecho, ahora eran los judíos infieles los que, a imitación de la actitud del jefe de los demonios, clamaban: «No he de servir» (Jer 2, 20). Al igual que el ángel sublevado, las autoridades del pueblo deicida perderían el honor de irradiar la luz de la divina Revelación al mundo y serían arrojadas a las tinieblas del error, pues cayó «un velo sobre sus corazones» (2 Cor 3, 15).

No obstante, en el momento en que del costado

abierto del Salvador brotaba sangre y agua, nació el pueblo de la eterna Alianza, el «Nuevo Israel», la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, de la cual San Miguel se convertiría en protector suyo.

Celoso defensor de la Santa Iglesia

Hermas, personaje bastante singular, antiguo esclavo griego y hermano del papa Pío I, escribió una de las primigenias obras de la literatura cristiana, llamada *El Pastor*.

Este libro, muy apreciado —diríamos incluso venerado— por los fieles de los primeros tiempos, está lleno de relatos de experiencias místicas, en una de las cuales se pone de manifiesto la íntima relación entre San Miguel y la Santa Iglesia ya en sus comienzos: «El gran y glorioso ángel es Miguel,

que tiene el poder sobre este pueblo y lo gobierna. Es él quien da la ley y la introduce en el corazón de los creyentes».³

Sin duda, el Cuerpo Místico de Cristo necesitaba un guardián poderoso que lo auxiliara a no abandonar la ley divina de cara a las batallas que vendrían. El diablo, movido por su odio implacable contra el cristianismo, no perdería ni un instante y trataría de asfixiarlo en sus primeros años de vida.

En épocas antiguas, la Iglesia se vio obligada a esconderse en las catacumbas; ser cristiano era considerado un crimen abominable. Que lo digan los romanos, que se divertían arrojándoles personas inocentes a las fieras o condenándolas a los más crueles métodos de tortura, mientras una exaltada asamblea se entretenía con ese atroz espectáculo.

Inmersa en tan terrible persecución, era difícil creer que la Iglesia resistiera mucho más tiempo... El diablo ya estaba casi cantando victoria cuando una inesperada intervención angélica vino a frustrar sus planes.

«¡Con este signo vencerás!»

Corría el año 312. El trono del Imperio romano oscilaba entre dos hombres: Constantino y Majencio. Si bien ambos eran paganos, el primero de ellos había nacido de una mujer cristiana: Santa Elena. Éste decidió avanzar contra Roma, para arrebatársela de las manos a su rival.

Tras varios días de marcha forzada, su pequeño ejército de cuarenta mil hombres no se hallaba en unas condiciones muy favorables como para entablar combate contra un adversario numéricamente superior.

Inseguro, el hijo de Elena resolvió buscar ayuda de lo alto: le rezó al Dios de su madre. Al terminar su plegaria, divisó en el cielo

*El guardián del
pueblo elegido se
convirtió en el
protector de la Santa
Iglesia, íntimamente
unido a ella desde
su nacimiento*



«San Miguel presenta las almas a San Pedro», de Miguel Alcañiz - Museo de Bellas Artes, Lyon (Francia). En la página anterior, «San Miguel», de Fra Angelico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

una inmensa cruz luminosa y sobre ella una frase en griego que decía: «Con este signo vencerás». A la noche siguiente, la visión se repitió en sueños y Constantino, al darse cuenta de que se trataba de un acontecimiento sobrenatural, ordenó que hicieran un estandarte en forma de cruz para que liderara las filas de su ejército.

La batalla tuvo lugar el 28 de octubre y, pese a las negativas previsiones, Constantino aplastó a las tropas de Majencio.

Un año más tarde, en el 313, como muestra de agradecimiento por la milagrosa victoria, el soberano firmaba el Edicto de Milán, mediante el cual se acababa con las persecuciones contra la Iglesia y se concedía la libertad de culto a los cristianos. Finalmente, la religión verdadera podía respirar un aire distinto al de las catacumbas.

Pero no fue hasta el año 314 cuando Constantino entendió completamente la causa de su éxito. En un sueño se le apareció un hombre envuelto en luz, diciéndole: «Soy el arcángel Miguel, jefe de la milicia celestial, el protector de la fe de los cristianos. Fui yo quien, mientras tú luchabas contra los impíos tiranos, hice victoriosas tus armas».⁴

Una mujer vestida del sol

Incontables son los ejemplos de la infalible acción del arcángel a lo largo de la Historia, mas es imposible enumerarlos todos. Afortunadamen-



Francisco Lecaros

«Soy el jefe de la milicia celestial, el protector de la fe de los cristianos. Fui yo quien, mientras tú luchabas, hice victoriosas tus armas»

te, el Espíritu Santo nos ha dejado un compendio admirable al respecto, en una escena descrita en el Libro del Apocalipsis.

Al principio del capítulo doce, San Juan relata una visión grandiosa: aparece en el firmamento una mujer vestida del sol, coronada con doce estrellas y la luna bajo sus pies. Está encinta y gime con dolores de parto. Entonces surge otro gran signo: un dragón, color de fuego, que se pone delante de la mujer, con el fin de devorar a su hijo tan pronto como lo diera a luz. Ella huye al desierto, donde Dios le había preparado un refugio. Inmediatamente a esta descripción, el apóstol virgen añade: «Y hubo un combate en el Cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció y no quedó lugar para ellos en el Cielo» (12, 7-8).

Escenas muy enigmáticas —como, por cierto, lo es todo el Libro del Apocalipsis—, aunque llama la atención el hecho de que San Juan las narre juntas. El dragón que persigue a la mujer es el mismo que fue derrotado por San Miguel y la lucha entre ambos es por ella: uno la ataca, otro la defiende.

¿Quién será esa mujer misteriosa? ¿La propia Virgen María? Así lo afirman muchos; es una interpretación tradicional y bellísima, pero no la única. Algunos Padres de la Iglesia y escritores eclesiásticos hallaron razones para

Reproducción



«Batalla del Puente Milvio», de Giulio Romano - Museo de Arte Walters, Baltimore (Estados Unidos).
Arriba, San Miguel aplasta al demonio - Iglesia de San Miguel, Gante (Bélgica)



«La caída de los ángeles rebeldes», de Neri di Bicci -
Museo Boijmans Van Beuningen, Rotterdam (Países Bajos)

agregar otra explicación: la que identifica a la mujer con la Santa Iglesia.⁵

Así como la dama del Apocalipsis fue perseguida por el dragón, la Iglesia es atacada por el diablo y sus secuaces. Y de la misma manera que San Miguel derrotó al monstruo que amenazaba a la mujer, también demuestra un celo extremo en cuanto a la protección de la Esposa Mística de Cristo, sobre todo en los momentos de mayor peligro.

Victoria final de San Miguel

¿Cuándo será la última batalla?
¿Cómo será ese feliz día, cuando el dragón sea arrojado definitivamente al abismo?

Acerca del *cuándo*, no hay nada que decir; el futuro le pertenece a Dios... Pero sobre el *cómo*, muchas revelaciones privadas nos proporcionan alguna idea.

Al respecto, es bastante esclarecedor lo que afirma la Beata Ana Catalina Emmerick, gran mística del siglo XIX. De entre los velos simbólicos de los que la narración está llena, podemos discernir algunos contornos de lo que será el embate postrero:

«He visto nuevamente la iglesia de San Pedro con su gran cúpula. Sobre

*El glorioso arcángel
San Miguel, que
venció al diablo en el
«prælium magnum»
del Cielo, proveerá
también la
victoria final de
la Santa Iglesia*

ella resplandecía el arcángel San Miguel, vestido de color rojo, teniendo una gran bandera de combate en las manos. La tierra era un inmenso campo de batalla. [...] La iglesia era de color sangriento, como el vestido del arcángel. Oí que me decían: “Tendrá un bautismo de sangre”. Cuanto más se prolongaba el combate, más se apagaba el vivo color rojo de la iglesia y se volvía más transparente».⁶

Casi tres años después, Ana Catalina Emmerick anotaría una nueva revelación, en la que da más detalles sobre esa purificación de la Iglesia en plena refriega:

«He visto la iglesia de San Pedro del todo destruida, excepto el coro y el altar mayor. San Miguel, armado y ceñido, descendió a la iglesia y con su espada impidió que entraran en ella muchos malos pastores, y los impelió hacia un ángulo oscuro. [...] Todo lo que había sido destruido en la iglesia fue reconstruido en pocos momentos, de suerte que pudiera celebrarse el culto divino. Vinieron sacerdotes y legos de todo el mundo trayendo piedras para reedificar los muros, ya que los cimientos no habían podido ser destruidos por los demolidores».⁷

En la época de las persecuciones romanas, los enemigos de la Santa Iglesia buscaron destruirla por la fuerza, las armas y la persecución abierta. En nuestros días, sin embargo, sus métodos parecen más inteligentes: como saben que no conseguirán matarla, tratan de desfigurarla tanto como pueden.

Pero ella nada ha de temer, pues a su lado está aquel cuya simple presencia llena de pavor a los enemigos del Altísimo. El arcángel San Miguel, que venció al diablo en el *prælium magnum* del Cielo y supo derrotarlo innumerables veces en la tierra, proveerá también la victoria final. ✧

¹ Cf. MAYNARD, Michel-Ulysse. *La Sainte Vierge*. Paris: Firmin-Didot, 1877, p. 352.

² Cf. SAN AGUSTÍN. De civitate Dei. L. XI, c. 19. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1958, t. XVI, p. 746; SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 63, a. 5, ad 2.

³ HERMAS. *Le Pasteur*, c. 69, n.º 3: SC 53, 266-269.

⁴ BERNET, Anne. *Enquête sur les anges*. Paris: Perrin, 1997, p. 137. Quizá fuera ése el motivo que llevó al emperador a edificar, en Constantinopla, el santuario más antiguo dedicado a San Miguel, además de

consagrar todo el imperio al arcángel.

⁵ Cf. BARTINA, SJ, Sebastián. Apocalipsis de San Juan. In: NICOLAU, SJ, Miguel et al. *La Sagrada Escritura. Nuevo Testamento*. Madrid: BAC, 1962, t. III, pp. 711-713.

⁶ BEATA ANA CATALINA EMMERICK. *Visiones y revelaciones completas*. Quito-Miami: Jesús de la Misericordia; FVT, 2011, t. III, p. 611.

⁷ Ídem, p. 615.

SAN GABRIEL ARCÁNGEL

El arquetipo de los devotos de María

Embajador de Dios ante María Santísima, San Gabriel alcanzó el ápice de arrobamiento por Ella y, desde la eternidad, vela por que las almas sean atraídas a su maternal protección.



✠ Carolina Amorim Zandoná

«**A**l principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas» (Gén 1, 1-2). Ni la inteligencia más prodigiosa sería capaz de concebir con cuánta sabiduría, magnificencia y esmero el Señor comenzó a traer a la luz de la existencia sus obras admirables.

De hecho, sería descabellado pensar que fue distribuyendo sus criaturas por todo el universo de una manera irreflexiva, como el que saca objetos de un baúl... La Providencia divina lo dispuso todo con armoniosísima jerarquía, tomando como arquetipo y piedra angular de esa construcción su obra más perfecta: Nuestro Señor Jesucristo. En un orden lógico —pero no cronológico, pues para Dios todo es presente—, «en Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y domi-

naciones, principados y potestades; *todo fue creado por Él y para Él*» (Col 1, 16).

Siendo así, bien podemos imaginar con qué extremos de desvelo el divino Artífice providenció cada uno de los detalles que rodearían la Encarnación de su Unigénito. Para dar a luz a su Hijo, el Padre eterno escogió a la mejor de todas las madres; y para protegerlo, al más santo de todos los padres. Para que redimiera al mundo, eligió la plenitud de los tiempos; y para anunciar a la Santísima Virgen y, a través de Ella, a la Historia entera, la augustísima noticia de ese nacimiento, envió, sin sombra de duda, al más sublime mensajero: el arcángel San Gabriel.

Premiado por su amor y sumisión

La teología nos dice que los espíritus celestiales recibieron de Dios una revelación misteriosa acerca del plan de la Creación, cuya aceptación o re-

chazo los dividió y desencadenó una gran batalla en el Cielo, en la cual los ángeles rebeldes fueron arrojados al infierno (cf. Ap 12, 7-9).

Algunos autores afirman que en esa prueba el Señor «les dio una noción previa de la Encarnación y les pidió que adoraran al Hombre Dios. Sin embargo, el Verbo divino no les habría sido presentado en toda su gloria y poder, sino envuelto en los humanos velos de la pobreza, del sufrimiento y de la humillación. Otra corriente teológica, con el respaldo de numerosos santos y doctores, sostiene que esa no fue la única prueba. A la adoración de Cristo acrecientan la aceptación de María Santísima como Madre de Dios y Reina de los ángeles y de todo el universo».¹ Con cada acto de sumisión a los designios del Altísimo, los espíritus fieles contemplaban un nuevo aspecto de sus misiones, hasta que, de claridad en claridad, alcanzaron el auge del esplendor para el cual habían sido creados.

En el gran combate celestial, San Gabriel brilló ciertamente como nadie por su amor entusiasta e incondicional a la revelación sobre Nuestra Señora, pues recibió como premio un encargo de incomparable importancia con relación a Ella: debía representar al propio Dios ante la Reina del universo —por consiguiente, también su Soberana— y rogarle su consentimiento de ser la Madre del Mesías. «Revelarle María a María, por lo tanto, prestarle ese insigne servicio, es un acto de suprema nobleza, que estableció un vínculo muy especial entre el arcángel y Nuestra Señora. Se convirtió en una especie de profeta, que le indicó a la Santísima Virgen cómo sería toda su vida y misión».²

Íntima convivencia con la Reina de los ángeles

Mientras todos los ángeles se preguntaban «*Quæ est ista?*» (Cant 6, 10), San Gabriel conocía el plan de Dios con respecto a Nuestra Señora y guardaba un deseo fascinante de entrar en contacto con Ella para manifestarle, de alguna forma, ese amor divino que flotaba sobre su persona y que él, en los comienzos de la Creación, había contemplado.

Además, la misión del arcángel le exigía convivir con María desde los primeros momentos de su existencia. Era necesario que analizara sus actitudes, su modo de pensar, sus movimientos interiores, para que, llegada la gran hora de representar al divino Espíritu Santo, pudiera entregarle el mensaje de una manera bella, atrayente y santamente diplomática, de suerte que moviera el corazón de María, en su humildad perfectísima, a decir «sí». Entonces, debe haberse establecido entre ambos una relación a la manera de la que tiene un ángel de la guarda con su custodiado.³

Nos lo podemos imaginar en el nacimiento de Nuestra Señora, tomándola en sus brazos, cubriéndola con sus alas y demostrándole el desvelo

de un verdadero padre; desvelo éste que se manifestaría, principalmente, en el período en que Ella estuvo en el Templo en ausencia de sus progenitores, San Joaquín y Santa Ana. Y en los momentos en los que la Virgen, por ser una criatura sublimísima, se veía rechazada por quienes la rodeaban o cuando se sentía inexplicable a sí misma por no comprender su propia grandeza, también San Gabriel habría estado junto a Ella, iluminándola, reconfortándola.

En suma, el arcángel era para Nuestra Señora la propia presencia de Dios y de su infinito amor por Ella.

Por otra parte, al mismo tiempo que nutría ese afecto protector por María, —pues su naturaleza era superior a la de Ella—, le tributaba un amor filial, pues a través de esa Madre y Mediadora de la divina gracia recibió, *ante prevista merita*, el don de ser fiel en sus pruebas. Por ello, además de ser su Reina, la Santísima Virgen también era la Madre que le había concedido participar de la vida divina.

Receptáculo del fiat que cambió la Historia...

Llegado el augusto momento de la Anunciación, después de varios años de íntima y elevada convivencia, San Gabriel discernía ya la dificultad que María mostraría a la invitación divina: su voto de virginidad. «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?» (Lc 1, 34), fue su respuesta. Es comprensible que, para consolar a la Virgen de las vírgenes en ese crucial instante, el embajador celestial fuera el arcángel virginal y casto por excelencia. Sólo así sus palabras tocarían a fondo el alma de su interlocutora.

San Gabriel le aclaró sus dudas con respecto al colosal panorama que le estaba descubriendo, trató en profundidad acerca de la Redención del género humano, discurrió sobre los milenios de preparación para ese grandioso día y sobre los excelentes frutos que de él se derivarían en el futuro. Y,



Rufus56 (CC by-sa 3.0)

San Gabriel recibió como premio el encargo de representar a Dios ante la Reina del universo

San Gabriel - Iglesia de Santa Margarita, Munich (Alemania). En la página anterior, «La Anunciación», de Fra Angelico - Museo del Prado, Madrid

por supuesto, no dejó de prevenirla a propósito de los atroces sufrimientos que le aguardaban a su divino Hijo, para los cuales no solamente necesitaba su consentimiento, sino también su participación.

Mientras Nuestra Señora reflexionaba, encantada con la sabiduría de Dios revelada por el excelso arcángel, el Cielo y la Historia esperaban su asentimiento. «El destino de la humanidad entera dependía de la repuesta de una doncella. El Salvador estaba, por así decirlo, llamando a la puerta».⁴ Finalmente, María consintió: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). ¡Con qué

extremos de veneración debe haber recibido San Gabriel tal afirmación! Retirándose, pues, como receptáculo cristalino del fiat de la Santísima Virgen, fue a presentarse ante el trono de la Trinidad.

...y de los dolores que corredimieron a la humanidad

La Anunciación probablemente fue el ápice de la misión de San Gabriel, pero no su última actuación junto a Nuestra Señora. Como sabemos, los ángeles son los que presentan a Dios nuestras oraciones y los que también nos custodian en el camino hacia la eternidad. Por lo tanto, incluso después de llevada a cabo la Encarnación, San Gabriel «continuaría su ministerio marial, sirviendo de intermediario entre Dios y la Virgen Santísima».⁵

Podemos imaginarlo traspasado de arrobamiento y admiración contemplando la convivencia entre María y el pequeñito Jesús. Cuidadosamente iba reuniendo cada acto de amor, de cariño y de respeto que tenía la dádiva de presenciar, a imitación de su Señora, que analizaba todos los hechos y los guardaba en su corazón (cf. Lc 2, 19).

En su infatigable dedicación, ¿cómo habrá actuado San Gabriel durante el momento más temido y decisivo de la vida de su custodiada, la Pasión? Parece lícito pensar que, en esa hora de increíble sufrimiento, procuró más que nunca apoyarla, confortarla, protegerla.

De hecho, si no hubiera sido por un particular cuidado angélico, sería sorprendente que, en medio del caos

violento y satánico que envolvió la tragedia de la crucifixión, nadie atentara contra la integridad física de Nuestra Señora. No deseando en modo alguno que su amantísima Madre fuera tocada siquiera por los poderes infernales, Jesús quiso que ese poderoso arcángel estuviera constantemente a su lado, como invencible defensor.

No obstante, «por el discernimiento de la inmaculada alma de María que la Santísima Trinidad le había concedido, el arcángel conocía bien que, a pesar de luchar para protegerla de los ataques externos, no lograría evitarle los padecimientos interiores derivados de su relación directa con Dios».⁶ Entonces él no sólo fue el receptáculo de su fiat, sino también de sus incomparables dolores morales, de sus lágrimas y de sus gemidos, para presentarlos al Padre cual sacrificio de agradable perfume y al afligidísimo Corazón de Jesús cual suave consolación.

No se sabe lo penoso que habrá sido para San Gabriel, en aquellas augustas

horas, ver a su amada Reina sufrir tanto. Todo nos lleva a creer que «si un ángel llorara, no habría océano capaz de contener sus lágrimas...».⁷ Paradójicamente, sin embargo, extraería fuerzas de la propia determinación, equilibrio y seriedad que emanaban de Nuestra Señora.

Promotor de la devoción a María

Durante toda la trayectoria terrena de la Santísima Virgen, San Gabriel estuvo a su lado, rebosante de entusiasmo, amor y veneración. Y, si es verdad que el amor hace al amante semejante al amado, la conformidad de espíritu y de mentalidad que ese sublime arcángel adquirió con Ella habrá sido, seguramente, impar en toda la Historia.

Si bien que su inmensa acción marial no terminó con la entrada de Nuestra Señora en la gloria celestial: su misión continúa junto a cada fiel cristiano. Desea, con ardor, conducimos a María y derramar sobre nosotros gracias especiales, conquistadas por su Inmaculado Corazón.

Si queremos poseer una verdadera devoción a la Santísima Virgen, pidamos el auxilio y la intercesión de San Gabriel. Con afectuosa solicitud, no tardará en elevarnos y unirnos a Ella, convirtiéndonos en almas verdaderamente marianas.

Dejémonos encantar por el amor de ese excelso espíritu celestial y envolver por su purísima presencia. Bajo sus alas protectoras, no nos equivocaremos en el camino de la perfección, el cual para nosotros, los católicos, se llama: María. ✧



San Gabriel no sólo fue el receptáculo de su fiat, sino también de sus dolores morales, lágrimas y gemidos, para presentarlos al Padre

«La Virgen y el ángel de la Anunciación», de Nardo di Cione - Colección Alana, Newark (Estados Unidos)

¹ MORAZZANI ARRÁIZ, EP, Pedro Rafael (Org.). *A criação e os Anjos*. São Paulo: Lumen Sapientiae, 2015, p. 147.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 24/3/1972.

³ Cf. MORAZZANI ARRÁIZ, op. cit., p. 184.

⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, op. cit.

⁵ MORAZZANI ARRÁIZ, op. cit., p. 184.

⁶ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, pp. 460-461.

⁷ Ídem, p. 461.

La benignidad divina personificada en un ángel

La encantadora historia de Tobías nos muestra que hay un ángel, digno representante de la maternidad y de la providencia divinas, cuya protección está siempre a nuestro alcance y que desea mucho convivir con nosotros.



✠ Bianca María dos Santos Damião



Ivano Gavilanes

Una característica muy destacada de la sociedad moderna es la de reducir a un degradante anonimato a ciudadanos supuestamente libres, que no son más que piezas o meros números de un Estado inflacionista. Desde el despertar de la razón nos sentimos únicamente como un elemento desconocido más en medio de millones de otros iguales a nosotros, de entre los cuales, si queremos sobresalir, necesitamos emplear arduos y perseverantes esfuerzos.

Ahora bien, ante la corte de los príncipes y gobernantes de Dios, que son los ángeles, ¡sucede lo contrario! Incomparablemente superiores en nobleza y en poder a cualquier potestad terrena, no obstante, a cada uno de nosotros, nos consideran y nos aman en particular y se interesan por todos nuestros actos, a semejanza de aquel que «desde su morada observa a todos los habitantes de la tierra [...], y comprende todas sus acciones» (Sal 32, 14-15). Y no sólo nos estiman, sino que también se apresuran en socorrernos y

auxiliarnos durante nuestras luchas en esta tierra, ansiosos de vernos alcanzar el final del camino de la santidad y gozar, en su compañía, de la eterna bienaventuranza.

Uno de los ejemplos más conmovedores de ese celo de la sociedad angélica por los hombres nos lo dio, ya en el Antiguo Testamento, el gran arcángel San Rafael, arquetipo de pureza, consejero lleno de prudencia y protector benevolente de la familia de Tobit, así como de todos aquellos que, peregrinando en este valle de lágrimas, a él recurren con confianza.

Ardientes plegarias dirigidas a Dios

Las historias de Tobit y de su futura nuera Sara son narradas con gran riqueza de detalles en el Libro de Tobías. Ambos eran muy virtuosos y brillaban en la presencia de Dios en medio de la oscuridad pecaminosa del pueblo elegido, por entonces cautivo en Asiria. Sin embargo, en determinado momento el Señor decidió ponerlos a prueba «con el fin de que su paciencia sirvie-

ra de ejemplo a la posteridad» (2, 12 Vulg). A Tobit le envió una completa ceguera y a Sara, un espíritu maligno con la capacidad de matar a todos los varones que se casaban con ella.

Si bien que la vida de los justos está repleta de pruebas, Dios mismo es quien los sustenta: «El Señor vela por los días de los buenos, y su herencia durará siempre; no se agostarán en tiempo de sequía, en tiempo de hambre se saciarán» (Sal 36, 18-19). Por eso, tan pronto como las lágrimas y los gemidos de esas almas se elevaron en fervorosas súplicas, fueron oídas, a un mismo tiempo, en la gloria del Altísimo (cf. Tob 3, 24 Vulg). Y así comienza nuestra crónica.

Y fue enviado el ángel del Señor

Creando que ya no vería la luz y que en breve la muerte se lo llevaría, Tobit enseguida se preocupó por el sustento de su familia. Se acordó de un préstamo de diez talentos de plata que le había hecho hacía años a Gabael, habitante de Ragués, en Media, y decidió pedirle cuentas de ese favor.

Llamó a su hijo, Tobías, y le rogó que emprendiera el arriesgado pero necesario viaje; no obstante, buscara primeramente a un hombre de confianza que pudiera acompañarlo.

Aunque de lo alto de los Cielos ya había alguien que velaba por él. Revestido con aspecto humano, a pocos pasos de distancia y ya equipado para viajar, le estaba esperando «un ángel de serenidad sobrenatural, lleno de misericordia, de una dulce y pronta respuesta a cualquier petición, comprensible y de gran discernimiento».¹ Rafael, uno de los siete espíritus que asisten en la presencia del Señor (cf. Tob 12, 15 Vulg), bajo la apariencia de Azarías, hijo de Ananías, había descendido de la visión y del servicio de Dios para solucionar las angustias de Tobit y enjugar las lágrimas de Sara.

Sacralidad y desvelo materno

Este sublime embajador celestial se encargó de guiar y custodiar a Tobías hasta Media. ¡Qué misteriosas lecciones no debe haber aprendido el virtuoso joven durante el largo recorrido que hicieron juntos! La presencia del arcángel, aunque no dañaran en nada la normalidad de las apariencias humanas, poseía algo de indefinible. Su

estado de espíritu era siempre de una continua contemplación. Al tratar con Tobías los asuntos del viaje, lo hacía como si estuvieran conversando dentro de un santuario, con mucho respeto, nobleza y sacralidad.

Igualmente, la benignidad brillaba en San Rafael. No se contentó con proteger a Tobías, sino que se ocupó incluso de sus necesidades materiales. Se diría que a una criatura tan santa y de naturaleza tan superior no le importarían esos pequeños detalles de la vida humana; pero el arcángel llevó su cuidado hasta el extremo de proporcionarle comida y alojamiento: le enseñó a coger por las agallas a un pez, al principio amenazante, cuya carne

*El sublime
embajador celestial se
encargó de guiar
y custodiar
a Tobías, velando
por todas sus
necesidades*

podría servirle de alimento y el corazón, la hiel y el hígado como «medicinas muy eficaces» (cf. Tob 6, 5 Vulg), y luego lo mandó a descansar a casa de Ragüel, padre de Sara.

San Rafael se reveló, en esas circunstancias, un dignísimo representante de la majestuosa maternidad y providencia divinas.

Patrón de la castidad

Al llegar a la casa de Ragüel, principiaron la atención a las plegarias de Sara y la intervención de Dios en sus aflicciones. Aquella estancia aparentemente fortuita había sido propiciada por la Providencia: San Rafael haría valer ante la joven su acción llena de afecto y sabiduría.

Antes de presentarse a la familia, el arcángel le había explicado a Tobías quiénes eran estos parientes suyos y el motivo del calvario de Sara, del cual ya había oído hablar. A continuación, lo instó a que aceptara casarse con ella, pues a eso los había destinado Dios, y agregó que el diablo pudo matar a sus siete maridos porque se acercaron a ella desterrando a Dios de sus corazones y entregándose a la pasión. Finalmente, le indicó: «Mas tú cuando la hubieres tomado por esposa, entrado en el aposento, no llegarás a ella en tres días, y no te ocuparás en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella. En aquella misma noche, quemando el hígado del pez, será ahuyentado el demonio. En la segunda noche serás admitido en la unión de los santos patriarcas. En la tercera, alcanzarás la bendición para que nazcan de vosotros hijos sanos. Pasada la tercera noche, te juntarás con la doncella en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos que de la concupiscencia; a fin de conseguir en los hijos la bendición propia del linaje de Abrahán» (Tob 6, 18-22 Vulg).

Diciendo estas palabras, rebozantes de castidad, el santo arcángel denotaba, sin disminuir en be-



«Escenas de la historia de Tobías», de Bicci di Lorenzo - Museo de Historia del Arte, Viena.
En la página anterior, San Rafael Arcángel - Colección privada

nevolencia, su vigilante intransigencia contra el vicio de la impureza, del cual es sin duda un combatiente ardoroso. Después de todo, había sido enviado por Dios a la tierra para promover el casamiento legítimo entre Tobías y Sara y librarla de Asmodeo, el demonio de la lujuria y asesino de sus siete primeros maridos.

Tobías, que era justo, se sintió reconfortado al ver en su compañero tal amor a la pureza; lo obedeció y pidió a Sara en matrimonio. Una vez oficializada la unión conyugal, con profunda emoción de toda la familia, y cumplidas por Tobías todas las instrucciones relativas al hígado del pez, San Rafael pudo finalmente retener en el desierto al espíritu impuro. El terrible callejón sin salida de Sara había quedado resuelto; su dolor dio paso a la alegría y su perplejidad, a la comprensión de la gran predilección con que el Señor la amaba.

Sanación y consuelo de los justos

Por su parte, Tobit aún sufría bajo el peso de la ceguera, agravada por la incertidumbre sobre el paradero de su único hijo. Su ilimitada paciencia y confianza inquebrantable, no obstante, encantaban a Dios y serían premiadas pronto con sorprendente prodigalidad, por intercesión del arcángel.

Con varios días de retraso, a pesar de haberse adelantado a la lenta comitiva de su esposa en el camino de vuelta, Tobías llegó a casa de sus padres acompañado por su extremoso compañero. Éste, deseoso de aliviar cuanto antes el padecimiento de Tobit, le recomendó: «Al punto que entres en tu casa, adora en seguida al Señor Dios tuyo; y después de haberle dado gracias, acércate a tu padre, y bésale; e inmediatamente unge sus ojos con esta hiel del pez, que traes contigo; porque has de saber que luego se le abrirán, y verá tu padre la luz del cielo, y se llenará de júbilo con tu vista» (Tob 11, 7-8). Un conmovedor desvelo más de San Rafael, que



«Tobit bendice a Tobías», de Angelo Puccinelli - Museo de Arte Philbrook, Tulsa (Estados Unidos)

San Rafael puede ser invocado como el ángel del consuelo y de la sanación en cualquier enfermedad, corporal o espiritual

bien puede ser invocado como el arcángel del consuelo y de la sanación en cualquier enfermedad, corporal o espiritual.

Concretadas aquellas orientaciones, Tobit volvió a ver y, al igual que le ocurrió a Sara, su doloroso llanto mudó a lágrimas de júbilo. Poco después, su alegría superó los límites de lo inimaginable al enterarse de que su querido hijo, además de haber recuperado el importe del préstamo de Gabael, también se había casado con una virgen de su tribu y que llegaría en unos días, acompañada de sirvientes y una rica dote.

A Tobit y a Tobías les faltaba solamente contemplar una última sorpresa, quizá la más alentadora: la verda-

dera identidad de aquel inigualable guía, promotor de tanta felicidad. Con sencillez y discreción, se reveló antes de marchar: «Soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos en la presencia del Señor» (Tob 12, 15 Vulg). Padre e hijo comprendieron, pues, que el auxilio divino en sus vidas tenía un nombre: San Rafael. Y durante tres horas permanecieron postrados en tierra, bendiciendo y alabando a Dios.

¡Él quiere convivir con nosotros!

En el seno de la modesta familia de Tobit, pequeño baluarte de fidelidad en medio de la corrupción del mundo, sucedió un acontecimiento magnífico: ¡uno de los más elevados ángeles del Cielo intimó con los hombres! Ahora bien, no pensemos que este es un caso excepcional. Al contrario, veamos en esta encantadora historia una garantía de que la protección de San Rafael está a nuestro alcance, constantemente, y de que él desea convivir con nosotros. ¡Basta con que lo invoquemos con fe!

Bajo su amparo, por muy graves que sean las crisis y las molestias, podemos estar seguros de que existirá una solución; siempre habrá de su parte la disposición de acogernos y resolver nuestros problemas. En suma, su existencia debe alentarnos en la confianza de que la intervención divina se anticipa a nuestras iniciativas e invariablemente supera nuestras expectativas.

Recurramos, por tanto, al afectuoso socorro del arcángel San Rafael a cada paso de nuestro caminar hacia el Paraíso celestial. Como a Tobías, nos acompañará y será, junto a nosotros, un reflejo de la infinita bondad del Sagrado Corazón de Jesús, firme en la dulzura y dulce en la firmeza hasta el final. ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 16/1/1981.

La interrelación entre los tres arcángeles

San Miguel, San Gabriel y San Rafael poseen títulos de primacía propios, los cuales se completan mutuamente y favorecen su acción junto a los hombres.



✠ Plinio Corrêa de Oliveira

Podemos preguntarnos qué relación existe entre los cometidos de los tres arcángeles: San Miguel, San Gabriel y San Rafael.

Parece que constituyeran una especie de circuito cerrado, una totalidad, a la manera de una trinidad. ¿Cómo se ajusta esa «trinidad» al conjunto del mundo angélico? Tanto más cuanto que, para calcular la misión e impor-

tancia de cada uno, entran en juego dos órdenes de valores distintos: por un lado, lo que ellos son por naturaleza; por otro, su conducta durante la prueba, en la que, sin duda, los tres actuaron de modo perfecto en aquella ocasión.

Pero la perfección tiene grados y se ve, por ejemplo, que San Miguel fue súper eximio en la prueba. Me comentaron que San Luis María Grignion de Montfort afirmaba que había sido quien manifestó más amor a Nuestra Señora y, por eso, fue más combativo. Se trata de una primacía a causa de su

actitud durante la prueba, lo cual es diferente del primado por naturaleza.

Aquí sólo trataremos las relaciones de naturaleza a naturaleza, sin considerar la primacía efectiva tal y como existe en el Cielo, dada su reacción durante la prueba. Debemos analizar qué hacen y cómo actúan los tres arcángeles para comprender cómo se completan en la tríada.

San Gabriel: conocimiento amoroso

San Gabriel es quien comunica el conocimiento de Dios, y de ahí se entiende su papel en la Encarnación; San Rafael ayuda a los hombres en las dificultades de la vida; y San Miguel los auxilia en la lucha. Entonces, ¿qué relación existe entre las formas de ser de estos ángeles?

El conocimiento de San Gabriel es, evidentemente, todo amoroso; no se trata de un puro conocimiento abstracto, teórico, doctrinal.

Hay que señalar que el conocimiento del hombre con respecto a determinado punto se completa enteramente cuando es capaz de formular en palabras o expresar de alguna forma lo que tiene en su mente. Mientras no exista esa representación, el conocimiento

Dos órdenes de valores concurren para que conozcamos el papel de cada ángel: lo que son por naturaleza y cómo fue su conducta en la prueba

«Arcángel San Gabriel», de Bicci di Lorenzo - Colección Santa María Asunta, Stia (Italia)



Saliko (CC by-sa 3.0)



Lawrence Lew

San Rafael, San Gabriel y San Miguel - Convento de Santo Domingo, Stone (Inglaterra)

no habrá concluido y, por tanto, el acto de amor tampoco estará completo.

Además, sólo después de que el individuo ha completado el conocimiento esencial de algo es cuando decide actuar, enfrentando las mayores dificultades y consagrando su vida a ello. En otras palabras, la consagración del trabajo y de la vida constituye una especie de deliberación que proviene de un conocimiento ya actuante, ejecutor, que es el término final del conocimiento.

Por último, nadie conoce enteramente algo si no lo comprende por contraste. No darse cuenta del contraste, cuando éste existe, revela una gran falta de conocimiento.

Hay, pues, un conocimiento especulativo y amoroso que invita a la acción y un conocimiento que convoca a la lucha. El primero no invita a la mera especulación, sino también a expresar lo que uno siente. Se trata de una contemplación de la cual emana el verbo, de una concienciación que adquiere su luz al hacerla explícita. Por lo tanto, la exclamación es propia del conocimiento plenamente realizado, al amor completamente adquirido, que florece en el cántico de alabanza desinteresada.

*Hemos de analizar
qué hace y cómo
actúa cada uno
de los arcángeles
para entender
cómo se completan
en la tríada*

Luego se podría decir que los tres arcángeles forman, en el orden especulativo, tres maneras de acción, siendo que ésta se manifiesta poco en aquel que es mayor en el orden especulativo y la especulación se presenta menor en aquellos que están situados en el orden activo. Hay una especie de relación inversa, como María y Marta.

**San Miguel: lucha,
oblación y holocausto**

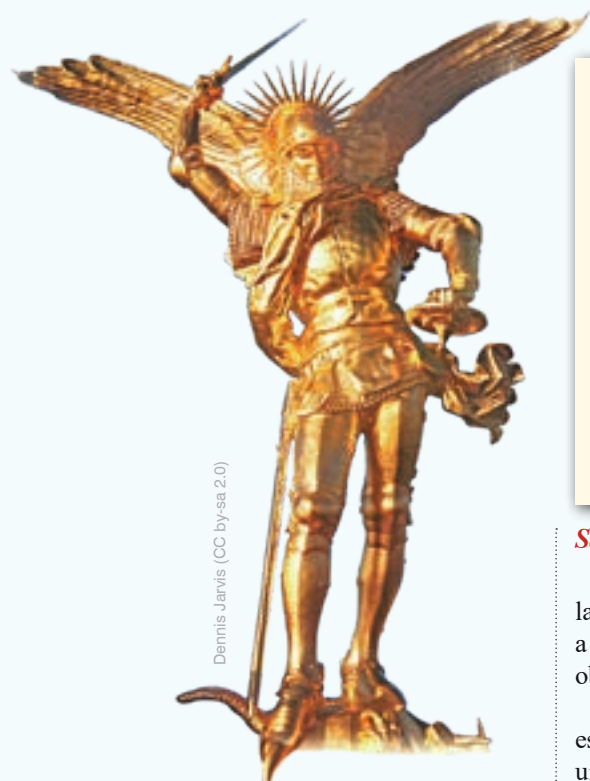
Alguien podría pensar que estoy preparando el terreno para presentar la figura de un triángulo equilátero, en el cual el ángulo superior representaría a San Gabriel y los dos infe-

riores, en igual posición, a San Rafael y a San Miguel.

Pero esto no es cierto, porque, según el ángulo desde el que se mire, se trata de un triángulo equilátero en el que cualquiera de los tres arcángeles puede ocupar la punta superior sin desequilibrar el polígono, lo que parece claro sobre todo en relación con San Miguel. ¿Por qué? Porque el empeño de la lucha acarrea algo de destructivo para quien combate. Aun cuando el individuo no muera en la lucha o cuando el desarrollo normal de ésta no resulta en la muerte, combatir implica hacer un esfuerzo completamente superior al desgaste normal del organismo; de sí es desgastante, tiene algo de oblación.

Consideremos el ejemplo de un hombre que se ve obligado a llevar a un zoológico un guepardo al que le han puesto un bozal. El animal no le puede morder, pero se arriesga a ser agredido y contraatacar, y tanta fuerza tiene que hacer para dominarlo que es considerado un luchador. Este hombre recibe una gloria especial a causa de un no sé qué de inmolación que existiera en ese acto.

Ahora bien, Nuestro Señor dijo que la inmolación constituye la mayor



Dennis Jarvis (CC by-sa 2.0)

San Miguel - Monte Saint-Michel
(Francia)

San Gabriel traza la actuación metafísica, a San Rafael le corresponde la función directiva y la tarea de repeler a los demonios es misión de San Miguel

San Rafael: acción pensante

Sucede que entra en este cuadro la acción. Ésta parece muy inferior a la contemplación y a la lucha, a la oblación.

Se puede decir incluso que la acción es una lucha. En este sentido, cuando un mecanógrafo del Ayuntamiento sale de casa y su esposa le pregunta «¿adónde vas?», él le responde: «Voy a la lucha». Sin embargo, tal uso se explica en vista de una concepción muy material de la acción.

En relación con el propio San Rafael, lo que nos viene a la memoria, por lo menos a mí, es el dibujo —por cierto, encantador y tontuelo— que ilustraba mi librito de Historia Sagrada: el arcángel caminando a pie con un bastón, del que cuelga una especie de cántaro, y conversando animadamente con Tobías. Sería, pues, el ángel que anda, que atraviesa distancias.

Esa no es toda la verdad. San Rafael manifestó una sabiduría activa superior, que ayudó a Tobías a ver lo que de hecho debía querer en el viaje, le dio fuerzas y ánimo —éste es el sentido de la compañía—, así como le proporcionó los medios para llegar a su destino. Los aspectos materiales del viaje —andar a pie, hacer que el muñeco que fabricó, y que Tobías tomaba por un hombre, hablara—, no representan nada para el arcángel.

Comprendemos, pues, que para hablar de San Rafael como el arcángel de

la acción, debemos escoger los más altos grados y patrones de la acción. Es decir, mucho más que la acción operativa completamente activa, se trata de la acción pensante. Por poner un ejemplo corriente, podemos ilustrarla con aquella frase atribuida, de distintas formas, al mariscal Foch: «*Ma droite est pressée, ma gauche est menacée, ma arrière est coupée... Que fais-je? J'attaque*».¹ Esto es magnífico. Es decir: «Estoy en un apuro total. Voy a atacar». Se diría que es una acción «rafaelina», en ese sentido de la palabra, que muestra el pensamiento sobre la acción, una alta categoría de acción.

El papel de cada arcángel junto a los hombres

De modo que el arte de gobernar, de dirigir proféticamente la acción, estaría con San Rafael; a San Miguel le correspondería el profetismo en la lucha y en el holocausto, y no en la vida corriente; el reinar recaería en San Rafael. Así se comprende la belleza de la distinción entre las diversas misiones.

San Gabriel es el profeta que inspira al rey; traza la actuación metafísica. El que da la «metapolítica» —entendida como el aspecto más alto de la función directiva— es San Rafael. El que proporciona la «metalucha», con la tarea especial de repeler a los demonios, es San Miguel.

En cuanto contrarrevolucionarios, ¿cuál es el papel de los tres arcángeles?

Yo diría que San Gabriel infunde el espíritu verdaderamente contrarrevolucionario, como todo el ideal del Reino de María, con el deseo y la concepción de las cosas altísimas, de tal manera que nos da una idea de los rasgos fundamentales de cómo debe ser un orden humano.

A partir de ese orden supremo, ¿cuáles son los métodos ejecutivos de organizarlo? ¿Cuáles son los medios de llevarlo a cabo? Quien nos los indica es San Rafael.

prueba de amor; nadie puede amar más a otro sino dándole la vida (cf. Jn 15, 13). Por cierto, es del todo evidente que el Redentor lo afirmó de sí mismo para explicar cómo debíamos estar seguros del amor que Él nos tiene.

Por otra parte, también es verdad que se trata de la oblación en la cual hay mayor desinterés. Cuando Abraham se dispuso a inmolar su propio hijo por obediencia a Dios, mostró un formidable desinterés; fue un acto de puro amor. Y se puede luchar por puro amor, yendo, por ejemplo, a la Cruzada, como Isaac caminó para ser matado por su padre.

La oblación, en este sentido, es la extinción de la vida de una persona en holocausto a otro; a Dios, por tanto.

Entonces vemos que, por más bella que sea la palabra de San Gabriel, cuando consideramos la magnificencia de la lucha de San Miguel percibimos que ésta es otro título de gloria, y nos queda preguntar cuál de los dos títulos es absolutamente mayor.

Y luchar contra los adversarios que se opongan a ello es la misión de San Miguel.

Trasladado al terreno humano, vemos que San Luis María Grignon de Montfort, por ejemplo, tenía momentos «gabrielines», momentos «rafaelines» y momentos «miguelines», según la preponderancia de uno u otro aspecto de su actuación.

Leyendo el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, uno siente eso. Hay partes en las que se tiene la impresión de que es San Gabriel el que anuncia alguna sublime verdad. Cuando San Luis, como apóstol, monta la argumentación para convencer a un tercero y enciende un fuego de alma para llamarlo, trasparece San Rafael. En los movimientos de indignación, pues en su libro hay de cabo a cabo una intransigencia adamantina, llega la hora de San Miguel. Es decir, existen rasgos característicos.

¿Qué aspecto angélico brilló más en la vida de Nuestro Señor?

Tales consideraciones no eliden el problema más profundo de saber cuál de esos aspectos, absolutamente hablando, es el rasgo característico en Dios. Podríamos preguntarnos cuál de ellos brilló más en la vida santísima y

augustísima de Nuestro Señor Jesucristo y en qué ocasiones se comportó como el Dios de Gabriel, el Dios de Miguel o el Dios de Rafael. Indagaciones de esta naturaleza darían motivo para un bellissimo estudio del Evangelio.

Yo diría que, por ejemplo, su vida íntima con Nuestra Señora o su Transfiguración en el monte Tabor me parecen eminentemente ligadas a San Gabriel.

Su Pasión, evidentemente, tiene más relación con San Miguel. Es el momento del holocausto y de la lucha, cuando Él vence al mundo. Agonía, en griego, significa *lucha del atleta*; los atletas eran llamados *agonistas*.

Y San Rafael está más asociado a su vida pública, con el Maestro haciendo apostolado.

¿En qué ocasiones de su vida terrena brilló más Nuestro Señor Jesucristo como el Dios de Gabriel, de Rafael y de Miguel?

Es muy ilustrativo para el espíritu pasear por entre esas cuestiones. Emiten luz aun cuando no las resolvamos. Y si después de pensar así consultamos un libro sobre angelología, en diez minutos está elucidado el asunto.

En mi opinión, sería conforme a nuestros métodos mentales —no digo que sea el único—, y creo que Nuestra Señora bendice ese modo de actuar, tratar en primer lugar de hacer hipótesis con las luces que Ella nos ha dado y luego estudiar lo que la Iglesia enseña, con espíritu de sumisión, de deseo de aprender. Así se entiende bien la teología. Me parece una forma de obrar muy digna, muy correcta y es lo que yo quise hacer en esta conferencia. ✧

Extraído, con adaptaciones,
de: Dr. Plinio. São Paulo.
Año XIX. N.º 222
(set, 2016); pp. 26-31.

¹ Del francés: «Mi derecha es presionada, mi izquierda es amenazada, mi retaguardia es golpeada... ¿Qué hago? ¡Ataco!». El mariscal Foch fue un militar francés que comandó de forma decisiva las fuerzas aliadas durante la Primera Guerra Mundial, llevándolas a la victoria.



San Miguel, San Gabriel y San Rafael - Iglesia de San Miguel y todos los ángeles, Kingsland (Reino Unido)

Corazón de fuego, habituado al heroísmo

A ciertas almas Dios les pide el heroísmo de vivir en el anonimato e incluso en el desprecio, para con ello comprar gracias de conversión a los pecadores y victorias para la Santa Iglesia.

✚ Hna. María de Jesús Tavárez Castillo, EP



Reproducción



Dirijamos nuestra atención a las calurosas tierras españolas. Sus vastedades vieron nacer a innumerables santos y héroes. El combativo Ignacio de Loyola, su celoso discípulo San Francisco Javier, el austero San Juan de la Cruz son sólo algunos ejemplos. Entre estas ilustres figuras se encuentra una que tal vez para muchos sea desconocida, pero no para Dios ni para Santa Teresa de Jesús...

Una joya de la cristiandad

«Entre las muchas joyas que Dios amontonó en España durante el siglo XVI podemos contar, y como una de las más excelentes, a la Venerable María de Jesús»,¹ escribió un biógrafo acerca de aquella que el 18 de agosto de 1560 nació de una noble familia española, en el pueblo de Tartanedo.

A los siete días después de haber sido dada a luz, la pequeña fue llevada por sus padres, los hidalgos Antonio López de Rivas y Elvira Mar-

tínez, a la iglesia de San Bartolomé para recibir el Bautismo, en el cual le dieron el nombre de María.

Desde muy joven se destacó por sus virtudes, candor e inocencia. Siempre mostró una profunda devoción a la Santísima Virgen, lo cual favoreció la inocente costumbre de jugar con muñecas al vestirlas como a la Reina del Cielo.

Tenía tan sólo 4 años cuando Dios le pidió un enorme sacrificio: el fallecimiento de su padre. Antes de ex-

pirar la llamó a su lado y, dándole la bendición, se despidió con estas palabras: «Hija, yo me muero; Dios te queda por tu padre».²

«Te quiero para hija mía»

Una vez, cuando María tenía 5 años, se encontraba jugando con una fruta a orillas del río Gallo y en un momento de descuido el «juguete» se le escapó de las manos. Al verlo caer, se lanzó rápidamente al río, sin temor a ahogarse, con la intención de rescatarlo.

Todos los que presenciaron la escena creyeron que la niña moriría. En ese momento se le apareció Nuestra Señora y tomándola de la mano la transportó sobre las aguas hasta dejarla en lo alto de una colina situada a cinco kilómetros de donde estaban.

En esa circunstancia la Santísima Virgen le mostró a la joven María el camino que debía seguir. «Te quiero para hija mía»,³ le dijo. Este llamamiento, no obstante, tardaría unos años en hacerse realidad y quizá de

*Cuando María
tenía tan sólo
5 años, la Santísima
Virgen le mostró
el camino que
debía seguir*

una manera que ni siquiera sospechaba.

Lucha espiritual para el cumplimiento de la vocación

Contaba unos 6 o 7 años de edad, cuando su madre contrajo segundas nupcias, hecho que ocasionó la necesidad de trasladarse a Molina de Aragón, para vivir con sus abuelos. No tardaron en aflorar, para admiración de todos, las insignes cualidades con las que Dios había adornado su cuerpo y su alma.

Hermosa de apariencia, de discreta perspicacia y trato benigno y afable, la joven nunca se detuvo en una inútil autocontemplación. Al contrario, supo realzar su belleza revistiéndola de modestia e hizo brillar sus talentos con las luces de la oración, a cuyo ejercicio se dedicó metódicamente.

Sin embargo, los enemigos del hombre son a menudo los de su propia casa, como lo había anunciado el Salvador (cf. Mt 10, 36), y en su vida no fue diferente. Observando las cualidades de su nieta y los halagos de que era objeto, sus abuelos se apresuraron a buscarle pretendientes para matrimonio y consiguieron que se entregara a los atavíos y vanidades comunes a las muchachas de su edad.

Un hecho providencial vino a sacarla de esos peligros. Alrededor de los 16 años, entró en contacto con el P. Antonio de Castro, jesuita y gran orador. Al conocer las virtudes de María, el sacerdote la orientó para que se hiciera carmelita descalza en el monasterio de Toledo, recientemente fundado por Santa Teresa de Jesús. Pero las liviandades a las que se había entregado le alejaron tanto de su vocación que no quiso prestar oído a lo que el confesor le aconsejaba y le respondió que eso no sucedería en modo alguno. Dios, no obstante, jamás se deja vencer cuando se trata de conquistar un alma predilecta y no permitiría que escapara tan fácilmente...

Debatiéndose interiormente sobre qué resolución tomaría con respecto a su vida —seguir la vía religiosa o contraer matrimonio—, decidió encomendar el asunto al Cielo. Poniéndose en oración ante una imagen del Señor con la cruz a cuestas, venerada en el oratorio de su casa, le escuchó decir: «Te quiero para Carmelita Descalza».⁴ No se creía lo que había escuchado y prefirió pensar que se trataba de una ilusión. Pero su conciencia no le daba tregua.

Tal era su resistencia que aun escuchando una vez más la voz del Redentor tampoco quiso darle oídos. Entonces el Señor se dirigió a ella por tercera vez: «Te quiero para mi esposa en las Carmelitas Descalzas».⁵ Finalmente, ¡María se dejó conquistar! De inmediato le comunicó al confesor su decisión de hacerse religiosa y le escribió una carta a la reformadora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús.

Entrada en el Carmelo

Al ser informada por el P. Castro sobre las virtudes de la joven, Santa Teresa quiso que la novicia formara parte del Carmelo de Ávila. No obstante, como ya se había completado el número máximo de monjas en aquel convento, decidió mandarla al monasterio de Toledo con la siguiente recomendación: «Yo se la envío con cinco mil ducados de dote; pero hágoles saber que ella es tal, que cincuenta mil diera yo de muy buena gana; mírenmela no como a las demás, porque espero en Dios que ha de ser un prodigio».⁶

Narran las crónicas que María se dirigió a Toledo, acompañada

por el jesuita, los últimos días de julio de 1577. Algunos de sus parientes intentaron en vano asesinar al sacerdote, indignados con la decisión de la joven. Sin embargo, no consiguieron impedir que llegara a su destino y recibiera el hábito el 12 de agosto. En la ceremonia, en la que adoptó el nombre de María de Jesús, se hicie-

Santa Teresa escribió al convento de Toledo: «Mírenmela no como a las demás, porque espero en Dios que ha de ser un prodigio»



Francisco Lecaros

Santa Teresa de Jesús - Convento de San José, Toledo (España).
En la página anterior, retrato auténtico de la Beata María de Jesús, pintado en Toledo (España)

ron visibles a todos Nuestro Señor Jesucristo, su Santísima Madre y el glorioso San José.

Si bien que, así como el oro se purifica en el crisol, Dios quiso refinar esa alma con una prueba más. El rigor de la vida religiosa y las numerosas penitencias a las que se sometió debilitaron rápidamente su salud. Esto despertó la desconfianza de las religiosas, que empezaron a preguntarse cómo iba a mantener la observancia de la Regla una persona tan enferma, y hasta pensaron en dispensarla de la misma.

En vista de ello, Santa Teresa resolvió enviar una carta al monasterio de Toledo comunicando que, si allí no la aceptaban, se la llevaría a Ávila, pues estaba segura de que el convento que la acogiera dentro de sus muros sería insigne mente beneficiado, aunque tuviera que permanecer en cama de por vida. Ante tal evidencia, las monjas no opusieron más resistencia. Superado este impedimento, María de Jesús hizo su profesión el 8 de septiembre de 1578.

Conviviendo con Santa Teresa

Cuentan que Santa Teresa solía consultarle con mucha frecuencia en sus inquietudes porque, con tan sólo 20 años, sor María de Jesús sabía responder con inteligencia y agudeza las cuestiones que le planteaba. Le agradaban tanto los consejos de la joven que a menudo la gran fundadora prefería sus opiniones a las suyas propias.

En una ocasión, habiéndole hecho la santa una consulta a la religiosa, se quedó tan satisfecha con su parecer que le respondió: «Pues en verdad que ha de ser eso que tú dices, porque lo dices tú, que eres mi letradillo».⁷

Una vez, ya después de la muerte de la fundadora, ésta se le apareció mientras rezaba por el futuro de las Carmelitas Descalzas y le dijo que no temiera, porque Dios cuidaba de la Orden, por haber sido erigida en su sangre, que tanto gusto le daba. En



Beata María de Jesús - Iglesia del Santo Ángel, Sevilla (España)

*A los sufrimientos
que ya padecía
se sumaron
pruebas interiores,
ataques del
demonio y una
dura persecución*

otra circunstancia, sor María de Jesús le estaba pidiendo al Señor que le diera las virtudes de la santa de Ávila y entonces se le apareció ella misma afirmando que el Altísimo se las concedería a quien tuviera disposición para ello.⁸

Priorato marcado por la prueba

A lo largo de sus sesenta y tres años de vida religiosa, la Beata María

de Jesús se dedicó a diversos oficios: portera, enfermera, sacristana, maestra de novicias y priora. No obstante, el ejercicio de este último le costó sangre.

El 25 de septiembre de 1591, con 31 años, fue elegida para ese cargo. Al principio, se resistió a aceptarlo, ya que se sentía incapaz de ejecutarlo a la perfección, pero debido a la insistencia de las otras hermanas se vio obligada a acceder.

Al asumirlo de manera ejemplar, se creía más obligada a ser perfecta y tomó la delantera con relación a las demás en cuanto al cumplimiento de la Regla. Pero el sufrimiento no dejó de acompañarla, pues a las molestias y enfermedades que ya padecía se sumaron las pruebas interiores, los ataques del demonio y la persecución.

Una de las monjas forjó calumnias en su contra, sin saber a ciencia cierta cuáles fueron los motivos que la llevaron a cometer tal injusticia. Este hecho motivó su deposición del cargo de priora. Además, la Madre María de Jesús sufrió durante varios años la oposición del provincial, el P. Alonso de Jesús María. A pesar del mal trato recibido, se mantuvo continuamente serena y sumisa a la autoridad. Como contrapartida, siempre contó con la estima de las religiosas más fieles, las cuales, al verla libre de la responsabilidad de superiora, la eligieron nuevamente maestra de novicias. Su inocencia solamente se demostró veinte años después de las acusaciones.

Por fin llegaba el momento que Dios había reservado a la justicia, permitiendo que volviera a asumir el priorato, para que, con la excelencia de sus virtudes, volviera a influir a quienes estaban bajo su mando. Él mismo le prometió, junto con Santa Teresa, que la acompañaría en el gobierno del monasterio.

Debido a su celo por el Santísimo Sacramento, dedicó estos últimos

años a la tarea de erigir la iglesia del convento, a fin de conferir mayor solemnidad a las ceremonias en honor de Nuestro Señor Jesucristo y su Madre Santísima.

Gracias místicas y convivencia con lo sobrenatural

Una vez, después de la comunión en el día de la Ascensión, vio al Señor, lleno de gloria y majestad, elevándose al Cielo junto con una multitud de ángeles. Al percibir que aún estaba en esta tierra, protestó:

—¡Señor, no nos dejes huérfanos!

Y Jesús le respondió:

—No os dejo huérfanos, pues me quedo en el Sacramento de la Eucaristía. Mírame en él y mírate dentro de mi Corazón.

En otra ocasión, durante la vigilia de Pentecostés, vio a las tres Personas de la Santísima Trinidad en la

Sagrada Eucaristía. En ese momento, el divino Maestro le mostró las llagas de su costado y, dándole a entender el valor y la eficacia de su sangre, le dijo: «Hija, tuya es esta sangre y mi Corazón. En él mora siempre, y anégate en mi sangre... Sabe que mi sangre quema y abrasa los corazones que en ella se bañan».⁹

*«Tuya es esta sangre
y mi Corazón.
En él mora siempre».
Así premia Dios
a los que a Él
se entregan*

«He combatido el noble combate»

A los 80 años, tras una vida de luchas y tribulaciones, la Madre María de Jesús falleció en olor de santidad el 13 de septiembre de 1640, rodeada de aquellas que estimaba como hijas, las cuales enterraron su cuerpo en el propio convento. Exhumado en cuatro ocasiones a lo largo de los años, fue encontrado incorrupto, según consta en acta, y exhalando un agradable perfume que se esparció por las dependencias del monasterio.

Así premia Dios a quienes, sin escatimar esfuerzos, se entregan a Él sin reservas. Ellos pueden decir con San Pablo: «He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día» (2 Tim 4, 7-8). ✧



Reproducción

A la izquierda, la Beata María de Jesús retratada en su lecho de muerte; a la derecha, su cuerpo incorrupto, que se encuentra en el altar mayor de la iglesia del convento de San José, Toledo (España)

¹ EVARISTO DE LA VIRGEN DEL CARMEN, OCD. *El letradillo de Santa Teresa. Biografía de la Madre María de Jesús*. Toledo: Sebastián Rodríguez, 1926, p. 29.

² Ídem, p. 32.

³ Ídem, p. 34.

⁴ Ídem, p. 40.

⁵ Ídem, p. 41.

⁶ Ídem, p. 45.

⁷ Ídem, p. 71. La palabra «letradillo», usada por Santa Teresa

como apodo de la Beata María de Jesús, parece referirse, de forma cariñosa y pintoresca, a su condición de persona especialmente ilustrada.

⁸ Cf. JERÓNIMO DE LA MADRE DE DIOS, OCD. Pere-

grinación de Anastasio. In: *Obras*. Burgos: El Monte Carmelo, 1933, t. III, p. 253.

⁹ EVARISTO DE LA VIRGEN DEL CARMEN, op. cit., p. 196.

Auxilio maternal en las necesidades

Doña Lucilia acoge siempre con benignidad las peticiones que le son hechas. Así, basta recurrir a su intercesión para encontrar una pronta solución hasta para problemas aparentemente insolubles.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

Al considerar los diversos episodios de la vida de Dña. Lucilia, se aprecia cómo en la base de su trato con los demás relucía de manera especial una virtud: la bondad. Ningún contratiempo, enfermedad o dificultad era capaz de impedir que su benevolencia envolviera a quienes necesitaban de auxilio.

Transcurridos más de cincuenta años desde su paso a la eternidad, aún sigue sorprendiendo a todos con su maternal intercesión.

Diagnosticada una mielitis viral

Prueba elocuente de esta realidad es el relato enviado por Anésia Valéria Ribeiro Gabriel, de Miracema (Brasil), sobre la curación humanamente

inexplicable de su esposo, Alexandre Dias Gabriel.

El día 1 de abril de 2016 amaneció con fuertes dolores en el cuello y en el brazo. Se iniciaba, pues, una dura lucha para Anésia y su familia, porque las molestias se intensificaban cada día, exigiéndole continuas idas a Urgencias. Como el cuadro se agravaba, Alexandre buscó atención médica en



Reproducción

*Doña Lucilia
sigue sorprendiendo
a todos con su
maternal auxilio.
Es lo que pudo
experimentar
Alexandre*

A la izquierda, Alexandre Dias Gabriel en diciembre de 2021; a la derecha, en julio de 2022, después de la gracia alcanzada por intercesión de Dña. Lucilia



otras ciudades y varias veces fue hospitalizado para seguir un tratamiento, pero sin ningún resultado. Al contrario, empezó a perder el movimiento de las piernas y, en agosto, comenzó a usar silla de ruedas. Finalmente, un médico le diagnosticó su enfermedad: mielitis viral.

En 2017 fue necesario colocarle una sonda vesical permanente; al año siguiente se sometió a una cistotomía. Alexandre tuvo varias citas médicas y tomó muchos medicamentos, pero su situación empeoraba constantemente.

En julio de 2021 sus manos se hincharon hasta el punto de tener que ir todos los días a la sala de emergencia, a menudo para que le pusieran una inyección de morfina. Finalmente, perdió el movimiento de las manos.

Al no poder recibir un tratamiento adecuado en su ciudad, un médico lo remitió a Río de Janeiro. Allí le propusieron operar los nervios de la pierna, lo cual eliminaría los dolores, pero le quitaba la posibilidad de volver a caminar algún día. A la espera de una plaza libre para ser hospitalizado, siguió acudiendo diariamente a Urgencias, debido a los fuertes dolores y constantes crisis de espasmos.

Poderosa intercesión tras seis años de sufrimiento

El 15 de febrero de 2022, la familia recibió la visita de un sacerdote de los Heraldos del Evangelio. Después de darle al enfermo la debida bendición, el sacerdote le preguntó si creía en los milagros. Habiendo recibido una respuesta positiva, le sugirió que pidiera con mucha confianza la intercesión de Dña. Lucilia para que solucionara su caso. Alexandre y su familia empezaron inmediatamente a rezarle a esta benigna señora.

Al día siguiente, sintió un fuerte malestar y tuvo que acudir urgentemente al hospital. Unos instantes después, cuál no sería la sorpresa de todos al percibir que podía mover las



Doña Lucilia en torno al año 1960

«Hoy anda, incluso consigue viajar. Han sido seis años de luchas y sufrimientos, pero Dña. Lucilia escuchó nuestras oraciones y nos obtuvo el milagro»

manos nuevamente. En poco tiempo, la hinchazón desapareció y los dolores pararon. Al otro día, notaron que recuperaba gradualmente también el movimiento de las piernas.

«De ahí en adelante», declara llena de gratitud Anésia, «todo fue

ocurriendo muy deprisa: los dolores acabaron, cesaron las crisis. Mi esposo ya no toma ningún medicamento. Todo mejoró y hoy anda, incluso consigue viajar. Han sido seis años de luchas y sufrimientos, pero Dña. Lucilia escuchó nuestras oraciones y nos obtuvo el milagro. Nuestra vida cambió. No tenemos palabras para agradecerle».

«Sin ninguna duda, Dña. Lucilia nos atendió»

También Juan Manuel García Félix, residente en Cienfuegos (España), fue beneficiado por la intercesión de Dña. Lucilia, conforme el relato enviado por su hija, Pilar García Moraleda.

Nos cuenta ella: «Mi padre fue sometido a una intervención quirúrgica para retirarle un tumor de estómago. La operación salió bien, pero a los dos días los médicos detectaron que una de las suturas tenía una fuga. Si no se le cerraba con un tratamiento conservador, tendrían que volver a intervenir, cuya operación sería muchísimo más complicada que la primera y con grandes riesgos».

Bajo el peso de esta dramática perspectiva, la esposa de Juan Manuel regresó a su casa para descansar. Al llegar, encontró en el buzón la revista *Heraldos del Evangelio* y, como de costumbre, empezó a leerla enseguida. Al ver una gran foto de Dña. Lucilia en la contraportada, tuvo un vuelco de alegría, pues percibió que se trataba de una señal del Cielo. Volvió sin tardanza al hospital y colocó en la habitación del enfermo la fotografía de Dña. Lucilia. Toda la familia se puso a pedirle la solución para aquella angustiante situación.

Así concluye su relato: «Desde ese día, milagrosamente la fuga comenzó a cerrarse; y en veinticinco días el problema estaba resuelto, no había necesidad de una segunda intervención. Los médicos estaban muy sorprendidos de la buena evolución del



Juan Manuel García Félix con la foto de Dña. Lucilia publicada en la revista

Al ver una gran foto de Dña. Lucilia en la contraportada, tuvo un vuelco de alegría, pues percibió que se trataba de una señal del Cielo

caso. Sin ninguna duda, Dña. Lucilia nos atendió en ese momento de angustia. Agradecemos con toda nuestra alma su intercesión».

Una aterradora perspectiva

Igualmente agradecida se muestra María Teresa Falchero Daidone, de São Caetano do Sul (Brasil), socorrida por Dña. Lucilia en una situación en que corría serio riesgo de vida, conforme relata su hija, María Fernanda Daidone Madrucci.

Aquejada de una grave neumonía, María Teresa tuvo que ser hospitalizada. El antibiótico tenía que ser administrado por vía intravenosa y, por el hecho de que sus venas eran muy

sensibles y por algunas complicaciones más, en cierto momento se hizo necesario colocar el acceso en el cuello. Sin embargo, por un error médico, el antibiótico fue inyectado en una arteria, lo que ocasionó una hemorragia seguida de cinco convulsiones a lo largo del día, debido a la formación de un trombo.

El médico informó que habría que intubarla si ocurrían más convulsiones, para evitar secuelas irreversibles en el cerebro. También explicó que quizá no resistiera tal procedimiento, porque tenía problemas pulmonares.

Ante una perspectiva tan aterradora, María Fernanda colocó en la almohada de María Teresa una foto de Dña. Lucilia, pidiéndole fervorosamente que cuidara de su madre e intercediera por ella ante la Virgen. Al llegar a casa, reunió a sus hijas para explicarles la situación de la abuela y les recomendó que le rezaran a Dña. Lucilia pidiendo que cuidara de ella.

Bajo la protección de un chal rosado

Cuando regresó al hospital a la mañana siguiente, María Fernanda notó que el equipo médico estaba frente a la puerta de la habitación de su madre. Enseguida pensó que había ocurrido lo peor... Al acercarse, el médico le preguntó:

—¿Usted cree en Dios?

—Sí, claro. ¿Por qué me lo pregunta? —le contestó María Fernanda.

—Pues, entre y vea a su madre.

Entró en la habitación y encontró a su madre sentada, muy contenta y sonriente, desayunando sin ninguna dificultad. Entonces le enseñó la foto que había puesto bajo la almohada la noche anterior, a lo que su madre le dice: «Hija, tengo la sensación de haber visto a esta señora mientras dormía».

Concluye María Fernanda en su relato: «Se sintió envuelta por algo rosado, que imagino que es el chal de Dña. Lucilia, como se ve en la foto».

Desenlace inesperado en la liquidación de una deuda

«Me encontraba desesperada, angustiada y sin saber qué hacer, pues tenía una deuda muy grande y no tenía condiciones de pagarla». Así comienza el relato enviado desde Cuenca (Ecuador) por Narcisa Matute Vásquez. Continúa: «Fui a la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y le expuse mi problema al sacerdote que estaba allí confesando». Éste le aconsejó que hiciera una novena a María Santísima y le pidiera también ayuda a Dña. Lucilia. Le rezó con fe a esta última, diciéndole con toda sencillez: «Usted sabe el sufrimiento por el que estoy pasando, deme una luz para salir de esta situación».

Transcurrido unos días, le vino la solución. Poseía un terreno comprado en sociedad con su hermana. Ésta había reafirmado varias veces su decisión de venderlo solamente cuando las dos estuvieran en edad avanzada, pues así sería su sustento en la vejez. Cuenta Narcisa: «Me encomendé nuevamente a Dña. Lucilia y le propuse a mi hermana vender el terreno. Aceptó la propuesta sin preguntar siquiera el motivo. Tres días después, apareció un comprador que pagó el precio justo».

Con esta solución enteramente «luciliana», se había resuelto el angustioso problema de Narcisa.

Graves consecuencias de un accidente

Impresionada con la presteza con la cual Dña. Lucilia obtuvo el restablecimiento de Daniele, su amiga, María Aparecida Neves Defanti, de Cambuci (Brasil), nos envía una pormenorizada narración del hecho.

Nos cuenta que Daniele regresaba tranquilamente en moto a su residencia cuando, al pasar por un bache, perdió el equilibrio y cayó. De la caída resultó la fractura de siete costillas, además de lesiones en el hígado,

en el bazo y en los pulmones. Nada más llegar al hospital fue derivada inmediatamente a la UCI.

El médico a cargo aconsejó a la familia trasladar a la accidentada a un hospital con más recursos, pues su caso era muy grave. Parientes y amigos hicieron numerosos intentos para efectuar el traslado, pero todos fueron en vano. Decidieron entonces depositar el caso en manos de Dña. Lucilia.

«Pídele a ella el milagro que tanto necesitas»

«Empezamos a rezar enseguida, pidiéndole a Dña. Lucilia que la curara cuanto antes», relata María Aparecida. Cinco días después del accidente, un amigo visitó a Daniele en el hospital y le dio una estampa de Dña. Lucilia, diciéndole: «Pídele a ella el milagro que tanto necesitas».

Para asombro de todos, incluso del médico, al día siguiente comenzaron a aparecer signos de mejoría. Pasado un día más, otra sorpresa: una tomografía reveló que el hígado y el bazo ya estaban en buenas condiciones.

La atención a sus oraciones, sin embargo, no se había consumado, pues quedaba un factor preocupante: los pulmones retenían mucho líquido. A

la vista de esto, el médico comunicó que haría un drenaje al día siguiente, después de realizarle una prueba de rayos X. Pero no hubo necesidad de proceder a la intervención quirúrgica, porque el examen demostró de manera indudable que no había más secuelas del accidente en el organismo de Daniele.

Asombrado, el médico volvió a examinar a la paciente, analizó nuevamente el resultado de la radiografía y, finalmente, le dijo: «Puedes irte a casa, porque estás completamente recuperada. ¡Ha ocurrido un milagro! Llevo treinta y cinco años de profesión y nunca he visto nada parecido. Realmente, ha sido un milagro».

* * *

Estos relatos revelan la inagotable generosidad con la cual Dña. Lucilia acude en ayuda de quienes la invocan en momentos de apuro y dificultad. Como su benevolencia es un reflejo de la bondad del Sagrado Corazón de Jesús, siempre acepta las peticiones que se le hacen. Basta, por tanto, recurrir a ella para encontrar pronta solución hasta para problemas aparentemente insolubles. ✧



Reproducción

María Teresa Daidone con un cuadro de Dña. Lucilia

María Teresa dijo que, durante la inconsciencia, se sintió envuelta por algo rosado, como el chal de Dña. Lucilia



Doña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira, escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Solicite su ejemplar en: www.salvadmereina.org / en el teléfono 902 19 90 44 o a través de correo@salvadmereina.org

Fotos: Thiago Tamura



Fotos: Reproducción



Fotos: Stephen Nami



Congresos sobre la Santa Iglesia

«**V**ed qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (Sal 132, 1). Haciendo justicia a estas palabras de la Sagrada Escritura, jóvenes y adultos de las más diversas partes del mundo confluyeron, las últimas semanas del mes de julio, en las casas de formación Thabor y Monte Carmelo, de Caieiras (Brasil), para participar en los tradicionales congresos de las ramas masculina (fotos 1 y 2) y femenina (fotos 3 y 4) y del sector de cooperadores de los Heraldos del Evangelio (fotos 5 a 7).

Los tres congresos versaron sobre la Santa Iglesia, a fin de darles a todos la oportunidad de conocer en profundidad a esta madre que, al contar con la promesa de la inmortalidad dada por su divino Fundador —«el poder del infierno no la derrotará» (Mt 16, 18)—, ha atravesado incólume e inmaculada las más duras batallas, internas y externas, que se urdieron contra ella. Conferencias, teatros, círculos de estudio, misas, adoraciones al Santísimo y Rosarios procesionales fueron algunas de las actividades que llenaron esos días de bendecida y alegre convivencia.

P. Jorge María Storni, EP

Superior general de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli



Después de setenta y nueve años de luchas y conquistas por María Santísima, el 13 de junio partía hacia la eternidad el P. Jorge María Storni, EP, superior general de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, rama sacerdotal de los Heraldos del Evangelio.

El P. Storni nació en Buenos Aires en 1942. Tras licenciarse en Derecho, se dedicó a la defensa de la fe y de los principios inspiradores de la civilización cristiana participando, con ese propósito, en distintas asociaciones de su país natal.

De joven, conoció al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en la capital argentina, con quien entablaría una estrecha y

profunda amistad, recibiendo importantes misiones en Europa y América, por su excepcional talento y profunda piedad.

Siendo miembro de los Heraldos del Evangelio, fue ordenado sacerdote en 2008. Hombre de gran cultura y sabiduría, obtuvo el doctorado en Derecho Canónico en Venecia, en 2013. Y en 2017 fue elegido superior general de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, cargo que ocupó hasta su muerte. ✧



Fotos: Reproducción

A la izquierda, el P. Jorge María Storni saludando a Mons. João Scognamiglio Clá Dias, fundador de los Heraldos del Evangelio, el día de su ordenación diaconal; a la derecha, la misa de funeral en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



Fotos: Jesse Arca

Colombia – El 20 de julio, numerosas personas de distintas partes del país participaron en un congreso mariano realizado en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá. Además de conferencias, se llevó a cabo una solemne coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, bendición del Santísimo y santa misa.



Tocancipá (Colombia)

Ciento sesenta y ocho mil familias se consagran a María Santísima

Los días 25 y 26 de julio, más de ciento sesenta y ocho mil familias españolas e hispanoamericanas realizaron su consagración solemne a Jesús por medio de María, después de haberse preparado a través del curso impartido por el P. Manuel Rodríguez Sancho, EP, ofrecido gratuitamente en la plataforma de formación católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio.

Doce mil personas participaron presencialmente en las ceremonias llevadas a cabo en iglesias, oratorios y capillas de los Heraldos del Evangelio en las ciudades de Madrid, Murcia, Oviedo, Santiago de Compostela y Sevilla la Nueva, en España; Bogotá, Medellín y Tocancipá, en Colom-

bia; Quito, Cuenca y Guayaquil, en Ecuador; Ypacaraí, en Paraguay; y en las capitales de México, Guatemala, Costa Rica, El Salvador, República Dominicana, Perú, Chile, Argentina y Uruguay. Además, doscientas mil familias pudieron asistir, por el canal de los Heraldos del Evangelio en YouTube, a la misa y ceremonia de consagración presidida por el P. Manuel Rodríguez en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá (Colombia).

A lo largo del último año, ochocientas mil familias de América y de Europa se han consagrado a la Virgen por medio de los cursos que se difunden en la plataforma Reconquista.



Medellín (Colombia)



San José de Costa Rica



Madrid



Santiago de Chile



Buenos Aires



Ypacaraí (Paraguay)



San Salvador



Guayaquil (Ecuador)



Ciudad de México



Ciudad de Guatemala



Cuenca (Ecuador)



Lima



Nueva masacre de católicos en África

Continúan las brutales persecuciones sufridas por los cristianos de Burkina Faso, una república de África Occidental, a manos de terroristas islámicos. Sólo el 3 de julio, treinta y una personas murieron en un ataque realizado durante la noche. Catorce de ellas se encontraban frente a la iglesia de la comunidad de Bourasso.

En la diócesis de Fada N'Gourma, al este del país, cinco de las dieciséis parroquias que la componen han cesado por completo sus actividades después de graves atentados. En otras siete parroquias, el trabajo pastoral se limita a la iglesia principal, ya que

la mayoría de las vías de acceso a las aldeas han sido bloqueadas por los terroristas o están bajo su control.

La sangre de San Pantaleón se licúa

El pasado 27 de julio numerosos fieles se desplazaron hasta el monasterio de la Encarnación, de Madrid, para presenciar un fenómeno que se produce anualmente desde el siglo XVII: la licuefacción de la sangre de San Pantaleón.

La sangre de este mártir del siglo IV se encuentra en una ampolla sellada herméticamente y, el día dedicado al santo, la licuefacción se repite no sólo en España, sino también en Ravello, Italia, cuya catedral alberga una reliquia similar.

Recuperado un relicario con la preciosísima sangre de Cristo

La urna con la preciosísima sangre de Cristo, perteneciente a la abadía benedictina de Fécamp, Francia, y que había sido robada en la madrugada del 2 de junio, fue recuperada en los Países Bajos, intacta, seis semanas más

tarde. Arthur Brand, detective holandés especializado en arte, la encontró en la puerta de su casa días después de haber recibido un email anónimo, cuyo remitente aseguraba estar en posesión de la valiosa reliquia.

El relicario, que mide unos treinta centímetros, alberga dos pequeños frascos que contienen algunas gotas de la preciosísima sangre de Nuestro Señor, recogidas por José de Arimatea tras el descendimiento del cuerpo de Jesús de la cruz.

Patrimonio histórico en riesgo en Europa

Un informe publicado por la Comisión de Cultura del Senado francés advirtió que miles de los 100 000 edificios religiosos del país tendrán que ser vendidos o demolidos, a menos que el Gobierno destine recursos para mantenerlos. Más de 40 000 de esos edificios son anteriores al siglo XX y 15 000 de ellos están protegidos como monumentos históricos, pero muchos se encuentran deteriorados debido a la intemperie. Hace más de un siglo, las iglesias católicas de Francia fue-

Abadía y capilla dedicadas a San Miguel escapan del fuego

La ola de calor que azotó Europa en julio provocó varios incendios forestales, con la destrucción de grandes extensiones de tierra.



El monte San Miguel de Brasparts

El 17 de julio, las llamas consumieron 1500 hectáreas alrededor de la abadía de San Miguel de Frigolet, en la costa sur de Francia, obligando a los monjes premonstratenses que allí viven a desalojar el edificio, que data del siglo XII. Afortunadamente, los bomberos contaban con la celestial ayuda del arcángel protector del monasterio y el fuego fue contenido a poca distancia de sus muros.

Al día siguiente, la acción del príncipe de la milicia celestial también se sintió en la costa oeste de Francia, donde el incendio que arrasó 1700



La abadía de San Miguel de Frigolet

hectáreas del monte San Miguel de Brasparts fue detenido por los bomberos a pocos metros de una capilla dedicada a él.

Restitución de las joyas de la Virgen de Chiquinquirá

El día 9 de julio, fiesta de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona de Colombia, se realizó en el santuario de esta advocación mariana una ceremonia para la restitución de sus joyas, robadas el año pasado.

Mientras un religioso dominico leía proclamaciones sobre el simbolismo de cada pieza, cadetes de la escuela de la Policía Nacional las transportaban en cojines hasta el presbiterio y se las entregaron a oficiales de alto rango del Ejército y de la Policía.

Éstos llevaron las joyas a los pies de la imagen, bajada de su lugar habitual, para que el arzobispo de Bogotá

y presidente de la Conferencia Episcopal Colombiana, Mons. Luis José Rueda, las pusiera sobre el sagrado lienzo. Al mismo tiempo, sonaban las notas de cánticos e himnos festivos entonados por el coro y orquesta de los Heraldos del Evangelio.

Además de restituir al milagroso icono la corona de Nuestra Señora y de su divino Hijo, el cetro, los rosarios y la medialuna bajo los pies de la Virgen, los sacerdotes dominicos le hicieron un nuevo obsequio: un globo coronado con la cruz, símbolo del gobierno materno de María Santísima sobre el mundo.

Fotos: facebook.com/BasilicaChiquinquirá



Jesse Arce

A la izquierda, imagen de la Virgen de Chiquinquirá con sus joyas; en el centro y a la derecha, aspectos de la ceremonia

ron declaradas propiedad del Estado, lo que obliga al poder público a responsabilizarse de su conservación.

Una situación similar existe en España, donde 400 monumentos religiosos, entre los que se hallan iglesias y conventos de gran valor patrimonial y artístico, se encuentran en ruinas, según informa la asociación Hispania Nostra.

Misioneras de la Caridad son expulsadas de Nicaragua

A finales de junio, el Gobierno nicaragüense ordenó, con carácter de urgencia, la disolución en el país de la Congregación de las Misioneras de la Caridad, fundada por Santa Teresa de Calcuta, y la expulsión de su territorio de las dieciocho religiosas que la componían. El 6 de julio, la Policía y algunos funcionarios de la Dirección General de Migración y Extranjería llevaron a las hermanas hasta la frontera

con Costa Rica, donde fueron acogidas por la diócesis de Tilarán-Liberia.

Las religiosas, procedentes del propio país, así como de España, India, Vietnam, Filipinas, México, Ecuador y Guatemala, mantenían allí una residencia de ancianos, además de desarrollar otros trabajos pastorales. Las Misioneras de la Caridad trabajaban en Nicaragua desde 1988.

Museo estadounidense acoge una exposición sobre Notre Dame

El National Building Museum, de Washington, D. C., albergará hasta el 26 de septiembre una exposición interactiva sobre la catedral de Notre Dame de París, uno de los monumentos más emblemáticos y visitados del mundo.

La muestra, titulada *Notre-Dame de Paris: The Augmented Exhibition*, ofrece un paseo por la casi milenaria

historia de la catedral por medio de reconstrucciones virtuales, las cuales trasladan visualmente a los visitantes a través del templo. Entre otros hechos, pueden acompañar la edificación del templo en la Edad Media, asistir a la llegada de la Corona de Espinas llevada por San Luis IX en 1241, presenciar la instalación de la aguja ideada por Viollet-le-Duc o seguir los esfuerzos de restauración de la iglesia desde el incendio de 2019.

Grandes paneles con fotografías inéditas, reproducciones tridimensionales de la catedral y sus detalles decorativos —incluidas una gárgola y una estatua de tamaño natural— y réplicas de las losas y de los vitrales que adornan el edificio sagrado completan el cuadro para los visitantes, mientras suenan los armoniosos acordes de los órganos y campanas de Notre Dame.

¡Benditas las estrellas que te vieron pequeñita!

Aquellas palabras inundaron a Áurea de alegría
y le dieron fuerzas para proseguir el viaje. Y entonces
—oh, sorpresa— divisó el esperado planeta.



✎ **Gabriele Matiello**

«**E**xistan lumbreras en el firmamento del cielo, para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años» (Gén 1, 14). Tales fueron las palabras de Dios cuando creó las estrellas, en cuyos «oidos» continuamente resonarían: será el lema de sus vidas.

No todas, sin embargo, moraban cerca de nuestro planeta: algunas estaban muy, muy lejos. Una de ellas, llamada Áurea, vivía a una distancia difícil de calcular. Al ser bastante pensativa, se decía a sí misma: «Nuestra misión es determinar las fiestas, las estaciones, los tiempos... ¿Y cómo? ¿Dónde cumpliremos ese encargo? Aquí todo está tan oscuro... y apartado».

Áurea recorría las galaxias alimentando esta duda, hasta que se topó con un reluciente astro, de brillo especialmente intenso. Entonces se acercó y le dijo:

—Venerable estrella, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—El mandato divino resuena como el ideal de nuestra existencia. Pero no sé cómo obedecerlo... ¿A quién serviremos de señales? Vivimos en la os-

curidad, sólo entre nosotras... ¿Me lo puede explicar?

—Querida estrellita, todo en el universo tiene una finalidad. En nuestro caso, hemos sido creadas en beneficio de los hombres. La luz que emitimos les marca sus acontecimientos y nuestra presencia puede significar algo de suma importancia en sus vidas o incluso en la propia Historia de la humanidad.

—¡Ah, el ser humano! Sé que fue constituido rey de la Creación. ¡Qué espectacular es servir a los que son imagen y semejanza del Señor! Aunque el espacio que nos separa es inmenso... ¡Qué pena!

El astro le responde:

—Es verdad, y tienes aún un largo trayecto por recorrer hasta que te aproximes a la Tierra. Si bien que la distancia no debe ser motivo de tristeza, sino de alegría, porque cuanto mayor sea la demora, más glorioso será el día de tu llegada.

Áurea le agradeció, conmovida, aquellas palabras de ánimo. Se despidieron y cada una siguió su camino.

Con la esperanza fortalecida, la estrella no veía el momento de que llegara el día tan anhelado. Corría, corría,

corría... y, sin embargo, faltaban todavía muchos años luz para alcanzar su objetivo.

Al ser una demorada trayectoria, había quienes desistían a mitad del camino, prefiriendo morir en el olvido a perseverar en el entusiasmo. Cuando Áurea sentía el primer cuchicheo de la tristeza, y el desánimo golpeaba la puerta de su corazón, se acordaba de las palabras de aquel experimentado consejero: «Cuanto mayor sea la espera, más glorioso será el día».

Una vez, tuvo un providencial encuentro: se cruzó con una constelación y le entró curiosidad por conocer a sus integrantes.

—Oh, amigos luceros. Disculpadme que interrumpa vuestra conversación. Por casualidad, ¿vuestro brillo ya ha iluminado la Tierra?

—¡Uy, sí! Fue inolvidable —le contestó uno de ellos.

—Somos felices, pues brillamos en una noche especialísima —respondió otro.

—Ah, ¿en serio? ¿Cuál? —indagó Áurea.

—Estábamos en el firmamento cuando un patriarca escuchó que Dios le decía: «Mira al cielo, y cuenta las es-

trellas, si puedes contarlas... Así será tu descendencia» (Gén 15, 5). ¡Era Abrahán! Intentó contarnos, pero en vano; al fin y al cabo, ¡somos muchas! Ante la inutilidad de sus esfuerzos, se rindió, elevando al Todopoderoso un sublime acto de confianza.

Áurea no sabía qué decir; se había quedado impresionada con la narración. Les dio las gracias y siguió adelante.

Un poco angustiada ya por la tardanza, se topó con otra estrella y decidió interrogarle si sabía cuánto tiempo faltaba para llegar a la Tierra. Al acercarse, se dio cuenta de que su color era ceniciento, que no poseía claridad y que una profunda melancolía le marcaba el semblante.

—Siento molestarte... Pero solamente quería preguntarte cuánta distancia hay hasta...

—¿La Tierra? No tengo buenos recuerdos de allí...

—¿No?! ¿Por qué?

—Estaba yo emocionadísima con la idea de difundir mi luz a los hombres, pero cuando llegué allí presencié una escena abyecta: algunos de ellos adoraban a un becerro de oro. El pueblo elegido había renunciado al culto del verdadero Dios para idolatrar una estatua... Por eso, yo y otras estrellas que conmigo estaban perdimos nuestra luminosidad; el Creador así lo decidió para castigar aquel pecado.

—Me compadezco de tu triste suerte... ¡Qué horrible es ofender a nuestro Padre! Amiga mía, muchas gracias por revelarme tan grandioso y conmovedor acontecimiento. He podido entender un aspecto más del Señor.

—Con mucho gusto. Espero que emitas tu luz sobre aquellos que lo amen verdaderamente. No falta mucho para llegar. Confía y sé constante.

Áurea salió aprensiva de la conversación: «¿Acaso seré testigo de la infidelidad de los hombres? ¡Oh, Señor, líbrame de tal desgracia!».

Afligida, continuaba corriendo al mismo tiempo que temía llegar a la Tierra. En determinado momento, un fulgor especial, más radiante que los demás astros y nunca antes contemplado en el universo, se acercó a Áurea. Una voz suave y armoniosa se escuchó:

—¡Sigue avanzando! He aquí que te ha sido reservada una gracia excelente. Un poco más y ¡cumplirás tu misión!

La luz se fue apagando hasta desaparecer. Aquellas palabras inundaron de alegría a la estrella y le dieron fuerzas para proseguir.

Y entonces... ¡oh, sorpresa! Áurea divisó el planeta. Además, pudo oír una curiosa melodía. A medida que se acercaba, el sonido se volvía más preciso. Al rato fue posible reconocer que se trataba de una bellísima canción, cuya letra decía: «¡Benditas las estrellas que te vieron pequeña!».

Enseguida, Áurea vio legiones de ángeles que alababan el nacimiento de alguien muy importante.

Nuevamente aquella luz fulgurante y misteriosa apareció, revelando su figura. Era el arcángel San Gabriel, que proclamó:

—Fuiste escogida por Dios para enganar el cielo en el natalicio de la Santísima Virgen María, la Elegida del Señor, destinada a ser Madre de Dios. Tu resplandor inmenso, a punto de irradiarse en pleno mediodía, ha de deleitar a la Reina del universo.

Tan pronto como el arcángel terminó de hablar, la estrella sintió dentro de sí algo nuevo y su luz se intensificó. Miró hacia la Tierra: los ojitos de Nuestra Señora estaban posándose sobre ella.

Entonces el celestial mensajero se puso a cantar:

—¡Bendita seas, oh estrella, pues has sido la primera criatura contemplada por la Virgen! ¡Ese es el premio y la victoria de los que perseveran hasta el final! ✧

Ilustraciones: Elizabeth Bonyun



¡Fuiste escogida por Dios para enganar el cielo en el natalicio de la Santísima Virgen María!

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. **San Josué**, hijo de Nun. Tras la muerte de Moisés, de quien era discípulo, introdujo al pueblo de Israel en la tierra de promisión.
2. **Beata Ingrid Elofsdotter**, viuda (†1282). Después del fallecimiento de su esposo, destinó todos sus bienes a obras de caridad y vistió el hábito dominico en Skänninge, Suecia.
3. **San Gregorio Magno**, papa y doctor de la Iglesia (†604 Roma).
San Marino, diácono (†s. IV/V). Predicó en la región de Rímini y se retiró al monte Tivano, donde fundaría la aldea que dio origen a la República de San Marino.
4. **XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.**
Santa Irmgarda, laica (†c. 1089). Condesa de Süchteln, Alemania, se hizo ermitaña y utilizó su patrimonio en la construcción de iglesias.
5. **Beato Guillermo Browne**, mártir (†1605). Fervoroso laico asesinado en el reinado de Jacobo I de Inglaterra porque propagaba la fe católica.
6. **San Zacarías**, profeta. Preside el fin del destierro del pueblo elegido en Babilonia y anuncia la entrada del Rey de la paz en Jerusalén.
7. **San Clodoaldo**, presbítero (†560). Nacido de estirpe regia, fue acogido por su abuela Santa Clotilde tras el asesinato de su padre y sus hermanos. Se hizo sacerdote y murió en Saint-Cloud, Francia.
8. **Natividad de la Bienaventurada Virgen María.**
Beata Serafina Sforza, religiosa (†1478). Soportó muchas ad-



Reproducción

Santa Teresa Couderc

versidades en su vida conyugal y, tras enviudar, pasó el resto de sus años bajo la Regla de Santa Clara.

9. **San Pedro Claver**, presbítero (†1654 Cartagena - Colombia).
Santa María de la Cabeza, laica (†s. XII). Esposa de San Isidro, Labrador, patrón de Madrid.
10. **Santa Pulqueria**, emperatriz (†453). A los 15 años hizo voto de virginidad y transformó sus aposentos en un cenobio. Su ejemplo modificó la corte.
11. **XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.**
San Elías Espeleota, abad (†960). Partió hacia Roma como peregrino y tomó el hábito de San Basilio, llevando una vida de penitente en la cueva de Melicuccà, Italia.
12. **Dulce Nombre de María.**

San Francisco Ch'oe Kyöng-hwan, mártir (†1839). Catequista preso, torturado y asesinado en Seúl por defender a los católicos y animarlos al martirio durante las persecuciones en Corea.

13. **San Juan Crisóstomo**, obispo y doctor de la Iglesia (†407 Comana - Turquía).
Beato Aurelio María Villalón Acebrón, religioso y mártir (†1936). Miembro de la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, asesinado por odio a la Iglesia.
14. **Exaltación de la Santa Cruz.**
San Alberto, obispo (†1215). Patriarca de Jerusalén, dio una Regla a los eremitas del monte Carmelo y, mientras celebraba la fiesta de la Santa Cruz, fue asesinado por un hombre a quien había reprendido por su mala conducta.
15. **Nuestra Señora de los Dolores.**
Santa Catalina Fieschi, viuda (†1510). Nacida en el seno de una de las principales familias de Génova, se hizo insigne por su amor a Dios y su caridad para con los necesitados, después de haber llevado una vida frívola y mundana.
16. **Santos Cornelio**, papa (†252 Civitavecchia), y **Cipriano**, obispo (†258 Cartago), mártires.
San Vital, abad (†1122). Renunció a las ocupaciones terrenas y fundó un monasterio en Savigny, Francia, donde congregó a numerosos discípulos.
17. **San Roberto Belarmino**, obispo y doctor de la Iglesia (†1621 Roma).
Santa Hildegarda de Bingen, virgen y doctora de la Iglesia (†1179 Bingen, Alemania).
San Estanislao de Jesús y María, presbítero (†1701). Fun-

dó los Clérigos Marianos de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, en Góra Kalwaria, Polonia.

18. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

Beatos David Okelo y Gildo Irwa, mártires (†1918). Fueron asesinados aún jóvenes en una aldea al norte de Uganda por haberse dedicado espontáneamente a la catequesis.

19. San Jenaro, obispo y mártir (†s. IV Pozzuoli - Italia).

Santa María Emilia de Rodat, virgen (†1852). Fundó en Villefranche, Francia, la Congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia.

20. Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, Pablo Chong Hasang y compañeros, mártires (†1839-1866 Corea).

San José María de Yermo y Parres, presbítero (†1904). Fundador de la Congregación de Siervos del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres.

21. San Mateo, apóstol y evangelista.

San Cástor de Apt, obispo (†c. 426). Deseando dar a conocer la sublimidad de la vida monástica a los cenobitas bajo su jurisdicción, recurrió a San Juan Casiano, quien redactó las célebres *Colaciones* sobre los ascetas de Egipto.

22. Beata María de la Purificación Vidal Pastor, virgen y mártir (†1936). Católica fervorosa, se destacaba por el cuidado a los enfermos y la asiduidad en las ceremonias religiosas. Durante la guerra civil española fue presa y asesinada en la carretera de Corbera, Valencia.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero (†1968 San Giovanni Rotondo - Italia).

Beata María Emilia Tavernier, religiosa (†1851). Después de fallecidos su marido e hijos, fundó en Quebec, Canadá, la Congregación de las Hermanas de la Divina Providencia, para el cuidado de huérfanos y enfermos mentales.

24. Nuestra Señora de la Merced.

Beato Dalmacio Moner, presbítero (†1341). Religioso dominico del convento de Gerona, España. Pasó tres años de recogimiento en la cueva de Santa María Magdalena, cerca de Marsella, Francia.

25. XXVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Sergio de Radonez, monje (†1392). Abad del monasterio de la Santísima Trinidad, en la región de Moscú, Rusia. De índole

afable, fue consejero de príncipes y consolador de los fieles.

26. Santos Cosme y Damián, mártires (†c. s. III Cir - Siria).

Santa Teresa Couderc, virgen (†1885). Fundadora de la Congregación de Nuestra Señora del Retiro del Cenáculo, en Lalouvesc, Francia.

27. San Vicente de Paúl, presbítero (†1660 París).

San Elzearo de Sabran, laico (†1323). Hijo de una de las principales familias de Provenza, Francia, heredó el condado de Arian, cerca de Nápoles. De mutuo acuerdo con su esposa, la Beata Delfina, guardó la virginidad hasta el fin de sus días.

28. San Wenceslao, mártir (†929/935 Stara Boleslav - República Checa).

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires (†1633-1637 Nagasaki - Japón).

Santa Eustoquio, virgen (†c. 419). Junto con su madre, Santa Paula, dejaron Roma y siguieron a San Jerónimo hasta Belén.

29. Santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

Beato Nicolás de Furca Palena, presbítero (†1449). Religioso de la Orden de los Pobres Eremitas de San Jerónimo, fundó en Roma el monasterio de San Onofre, donde murió con 100 años.

30. San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia (†420 Belén - Palestina).

San Gregorio, el Iluminador, obispo (†c. 326). Apóstol de Armenia, al final de su vida se retiró a una cueva junto al río Éufrates, donde vino a fallecer.



Reproducción

San Pío de Pietrelcina

¿Dónde está Mateo?

Dos planos se distinguen en el cuadro: Jesús y Pedro, a la derecha, llamando al publicano Mateo, sentado a la izquierda, en la oficina de recaudación. La luz de lo alto, símbolo de la gracia, incide sobre todos; ¿quién sería en esa escena el futuro apóstol?



✠ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP

A sí como la Sagrada Escritura comprende distintos niveles de interpretación, las grandes obras de arte también están sujetas a diversas lecturas. Es lo que sucede con *La vocación de San Mateo* de Caravaggio.

En ese óleo se distinguen dos planos: Jesús y Pedro, a la derecha, llamando al publicano Mateo, sentado a la izquierda, en la oficina de recaudación. El pintor italiano, para actualizar el episodio, representó a los personajes a la usanza del siglo XVI. Difícil sería, no obstante, trasladar esa escena a nuestro equivalente contemporáneo: ¿alguna Bolsa de valores apiñada de plutócratas?...

Según los Evangelios (cf. Mt 9, 9; Mc 2, 14; Lc 5, 27-28), Jesús, al pasar por la orilla del mar, vio a Mateo y le dijo: «Sígueme». Entonces éste se levantó, lo dejó todo y lo siguió. Señálese que la expresión griega usada para esa acción de «levantarse» —*anástasis*— es la misma que se emplea para indicar el verbo *resucitar*. La conversión es, realmente, una auténtica resurrección.

Excluyendo al individuo que está de pie a la izquierda, pues Mateo estaba «sentado al mostrador de los impuestos», ¿quién sería en esa escena el futuro apóstol?

La tradición tiende a identificarlo con el hidalgo de la barba larga y el dedo en ristre. Sin embargo, una interpretación diferente sugiere que no

estaría apuntándose a sí mismo, sino al joven de bruce, en la esquina de la mesa. Hay otra opinión que viene respaldada por los escritos del cardenal Matteo Contarelli, mecenas de la obra en cuestión, quien le había pedido al artista que representara a Mateo en el momento exacto en que se levantaba. Por lo tanto, el recaudador de impuestos sería el de la derecha... Pero si, de hecho, Caravaggio es el «maestro de la ambigüedad», ¿no sería Mateo, quizá, el muchacho del fondo? ¿Y si todos fueran Mateo?...

Jesús, en medio del típico claroscuro caravaggista, no apunta a nadie en concreto, mientras que la luz de lo alto, símbolo de la gracia, incide sobre todos.

Pese a ello, el hombre cabizbajo, en la posición extrema izquierda, muestra tanta avidez por el vil metal que sus ojos ni siquiera notan la presencia de la «Luz del mundo» (Jn 8, 12). Su mediana edad revela, tal vez, que ha sido atacado por el devastador «demonio del mediodía» (Sal 90, 6 Vulg). Encorvado bajo el peso de la iniquidad, este «hijo pródigo» parece tener unas manos más porcinas que humanas. Ahora bien, el primer paso hacia la conversión es salir de la bestialidad del pecado.

El barbudo también es codicioso: su mano derecha se aferra a las monedas, si bien que es capaz de levantar los ojos y reflexionar sobre sí mismo. De hecho, por la sombra de su puño,

se percibe que su dedo índice en realidad está dirigido hacia sí, como indagando: «¿Seré yo, Señor?». Aunque admirado, su postura retraída manifiesta que todavía posee ciertos vínculos con el pasado.

El cándido niño parece mimetizar al joven rico del Evangelio, que cumplía íntegramente los mandamientos y que recibió la misma llamada que Mateo: «Sígueme» (Mt 19, 21). Sin embargo, el apego a los bienes terrenales —y aquí su penacho es símbolo de frivolidad— le impide abandonarlo todo y seguir el camino de la perfección. Por eso, aún permanece apoyado en el «hombre viejo».

El personaje de la esquina derecha más cercana representa las características del joven adulto arrojado, emotivo, conflictivo. Es el único que porta una espada, símbolo propio de la decisión, cuyo étimo se remonta a la idea de *cortar* —en este caso, con la vida anterior. A pesar de tambalearse en el taburete, ya se está levantando en dirección a la puerta, hacia la cual los pies de Jesús se dirigen, como instándole: «¡Ven enseguida!».

Si el viejo avaro de anteojos no puede ser Mateo, ¿entonces quién es? Nótese que está en una actitud seductora, como sugiriendo: «Cuenta bien el dinero...». Es fácil de descubrir, por tanto, que se trata de un demonio, exactamente en el lado opuesto a Nuestro Señor en esta escena.

La presencia de Pedro nos inspira a considerar que la conversión y la perseverancia se producen a través de la Iglesia, ante todo por los sacramentos, en particular por la Eucaristía. De ella es símbolo el gran banquete que Mateo le ofrece al Señor, verdadero «altar» que repara la mesa de los impuestos. En efecto,

conversión significa *completo regreso* a Cristo, que constantemente llama a la puerta de las almas. Con acierto, Huysmans así lo diagnosticaba: «La conversión del pecador no es su curación, sino solamente su convalecencia».¹

En resumen, si Mateo se encuentra en todos, independientemente de la

edad y la etapa de su vida espiritual, también está sentado, ahora mismo, leyendo este artículo. Y, una vez más, Jesús exhorta: «Sígueme».

Luego, ¿cuál será tu respuesta? ✧

¹ HUYSMANS, Joris-Karl. *En route*. 12.^a ed. Paris: Tresse & Stock, 1895, p. 285.



Reproducción

«La vocación de San Mateo» de Caravaggio - Iglesia de San Luis de los Franceses, Roma.
Como fondo de estas páginas, interior de ese mismo templo



Celo materno que exige justicia

Mucho más que cualquier ángel o santo, Nuestra Señora deseaba a cada paso cumplir la voluntad de Dios, para conformarse plenamente a Él.

Anhelaba que la bondad de su Hijo fuera acogida en el interior de incontables corazones, aceptando padecer con Él para conquis-

tar un mayor número de hijos. Pero si la santidad de Dios así lo requiriera, su celo la llevaba a pedirle que ejerciera la justicia, castigando a los recalcitrantes: «Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1, 52).

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP